

# La Ilustración Artística



Año XXI

← BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1902 →

Núm. 1.090

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO PINTADO POR F. A. DE KAULBACH

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto de la presente serie, que será la novela del notable escritor argentino D. Carlos María Ocantos titulada

## DON PERFECTO

El Sr. Ocantos es el verdadero creador de la novela realista americana, y sus obras se distinguen por el espíritu de observación que revelan, por el profundo estudio psicológico que el autor ha hecho de los personajes que en ellas intervienen, por el interés de la acción, por la lógica y la naturalidad con que ésta se desarrolla, por la verdad con que están pintadas las costumbres de la sociedad argentina y sobre todo por su estilo castizo y elegante, que ha conquistado á su autor uno de los primeros puestos entre los mejores hablistas castellanos.

Todas estas cualidades se admiran en **DON PERFECTO**, por lo que no dudamos de que el libro será acogido con verdadera satisfacción por nuestros suscriptores.

**DON PERFECTO** lleva numerosas ilustraciones del celebradísimo dibujante Sr. Cabrinety.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea. Llegada*, por Emilia Pardo Bazán. — *La mezcla del pimentón en Murcia*, por L. — *Los dos campos*, por Rafael Ruiz López. — *La manufactura de los Gobelinos*, por M. — *Mosén Benito*, por Juan B. Enseñat. — *La Adoración de los Magos*, pintura de Fausto Morell, por S. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de oje-dres. — Vía libre*, novela original de E. Werner, con ilustraciones de Antonio Bonamore (continuación). — *El cortejo de Cupido*, por X. — *El péndulo del Pantéon*, por Enrique de Parville. — *Plancha dedicada al Dr. Potain, obra de Alejandro Charpentier.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** — Retrato pintado por F. A. de Kaulbach. — Tres dibujos de Medina Vera que ilustran el artículo *La mezcla del pimentón en Murcia.* — *El que no llora...*, dibujo de Eduardo Ertz. — *Episodio del Quijote. Entrada de Luis XIV en Dunkerque*, tapices de la manufactura de los Gobelinos. — *Mercado de cabellos en el Spreewald (alrededores de Berlín)*, dibujo de F. de Haenen. — *La Adoración de los Magos*, pintura sobre tabla de Fausto Morell. — *En la playa*, cuadro de Enrique Bartels. — *Arroyo de la Cava (Guadalcanal)*, cuadro de José Pinelo. — *Gente vieja*, cuadro de Janos Vaszary. — *El cortejo de Cupido*, tres composiciones decorativas de Miss Elsie Gregory, Osmond Pittman y A. Lawson Chaplin. — *Plancha dedicada al Dr. Potain, obra de Alejandro Charpentier.* — *Examen de doctrina*, cuadro de Domingo Fernández y González.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## LLEGADA

A pesar de la tentativa de escarmiento recientemente hecha con los ladrones de las joyas de la condesa del Campo de Orellana, continúan en todo su esplendor las sustracciones en los ferrocarriles. Quien expide un baúl ó un bulto cualquiera, sea de ropa, sea de provisiones, por el tren, lleva un cincuenta por ciento de probabilidades de que le desbalijen. No se lo quitarán todo; que si se lo quitan todo, sería lo menos malo que le pudiese acaecer al pobre público: entonces, al menos, se echa de ver la diablura, y procede la indemnización. Pero cuando afanan sutilmente algo de lo que el bulto contiene, por lo general al viajero no le queda otro recurso sino exhalar un suspiro y exclamar: «¡Paciencia!»

\* \*

Esto hemos hecho nosotros al regresar de Galicia y notar que en uno de nuestros baúles faltaban varias cosas, de esas que tienen muy buen empeño. Y en vez de ir á contárselo á Pilatos ó al Nuncio, yo decido contárselo á los lectores, para uso de los cuales voy á emborronar algunas noticias útiles, recomendando á los que las leyeren que las pongan en conocimiento de sus amigos, por si éstos perteneciesen á la clase de viajeros incautos.

Instrucciones á los que viajan en ferrocarriles españoles (1).

I. — Al guardar el equipaje en baúles, cajas ó sacos, conviene que los criados que desempeñan esta faena hagan una lista completa de lo que guardan, porque, en caso de falta y reclamación, lo primero que exige la Compañía es dicha lista, y con arreglo á ella se visita el baúl en la estación á presencia de quien corresponde.

II. — Las llaves, cerraduras y candados son tan inútiles contra esta clase de sustractores como con-

(1) En el extranjero no he oído á nadie quejarse de este mal; por eso me limito á decir «españoles.»

tra el ladrón de casa. Antes de que el robo á la condesa de Campos de Orellana viniese á probarlo, sabía yo que poseen llaveros con variadísimas clases de llaves y ganzúas, y que en último caso abren un baúl por detrás, destornillándole los goznes. Los únicos procedimientos que conozco para asegurarse algo son los siguientes:

A. — Colocar en el fondo del baúl una envoltura de lienzo de iguales dimensiones que el baúl, y que abrace y cubra perfectamente el contenido. Esta cubierta se cose menudo, una vez lleno el baúl, y por debajo de ella se cruzan dos bramantes que se reúnen encima, sellando el nudo con un sello de lacre que sea nuestro y que los señores sustractores no puedan imitar. Ni la cubierta ni el cordón ni el sello les impedirán tomar lo que les plazca, pero cuando reclamemos y se abra el baúl á presencia de quien compete, en el mismo punto de alzar la tapa se verá que ha habido gatuperio, porque, naturalmente, estará el sello roto.

B. — Ceñir el baúl por fuera con una cruz de tiras de lienzo fuerte pegadas con engrudo (el papel no sirve), y donde se juntan, sellar con un sello de tinta nuestro, que coja los dos cabos, procurando que no se junten ni cerca de la cerradura ni cerca de los goznes. Este sistema, como el anterior, permite apreciar de una ojeada si han andado arañando gatos de dos pies en el baúl (ó saco, ó cajón). Ambos sistemas son compatibles, y por si no llega el primer cañonazo, puede dispararse el segundo.

C. — (Este método es invención del conde de San Román: *sum cuique*.) Se hace un cajón de madera ligera, ensamblado, no clavado, y se le sujeta la tapa con tornillos, echando sobre la cabeza de cada tornillo una gota de lacre de un color desusado (azul, verbigracia) y sellando allí lo que se quiera. Al recibir el cajón tiene que percibirse instantáneamente si lo han destornillado en el camino.

III. — El precinto de la Compañía no garantiza lo bastante la seguridad de los baúles. Según me consta por experiencia y me demostró perfectamente el ingeniero D. Eduardo Echegaray, hermano del ilustre dramaturgo, y representante entonces del Gobierno en la estación de Madrid, estirando el precinto y metiendo la mano por el hueco de la tapa entreabierto del baúl se puede sustraer buena parte de su contenido. Es el precinto además un inconveniente para los casos de sustracción y reclamación, pues con él se escuda la Compañía, y al presentarlo sin romper tiene una base en que fundar la negativa de que se haya podido cometer alguna sustracción dentro del bulto precintado.

IV. — A no tener, por los sistemas antes indicados, la certidumbre de que un bulto está intacto, jamás debe recogerse de la estación sin hacer previamente que sea comprobado su peso. Si el peso es menor ó mayor que era al facturar en la estación de origen, hay derecho á exigir y debe exigirse que el bulto sea abierto en presencia de quien corresponda, para cerciorarse de lo que puede faltar en él. Si algo falta, inmediatamente se debe formular la oportuna reclamación.

V. — En toda estación importante existe un representante del Gobierno. Este funcionario tiene el deber de mirar por los intereses del público y de facilitar sus gestiones. Es conveniente empezar por dirigirse á él, sobre todo si se advierte cierta morosidad en los empleados de la Compañía con quienes nos toque entendernos, al presentarles nuestras quejas y reclamar sus auxilios y explicaciones para hacer valer nuestros derechos. Y en todos estos trámites te recomiendo, ¡oh asendereado viajero!, la mayor calma y firmeza; porque has de tropezar con mil dificultades y repulsas, de las cuales debes hacer el mismo caso que si oyese llover.

VI. — A pesar de cuantas precauciones adoptes, quizá sean los cacos más sutiles y mañosos que tú, y te burlarán impunemente; de modo que si te interesa conservar algún objeto, llévatelo contigo á la mano, á tu lado, dentro del departamento, y no lo pierdas ni un segundo de vista...

\* \*

Pero no por eso te desalientes, ni desmayes en apelar á ti mismo, ó sea al público, soberano señor cuando á serlo se determina sin vacilaciones. Yo creo que, en la mala, malísima organización de los servicios, tienen gran culpa sus organizadores...; mas también la tenemos tú y yo, que nos dormimos, que nos dejamos invadir por el *qué se me da á mí*, y cooperamos con nuestro asentimiento á que el daño se eternice.

Decíame un pedagogo ilustre que es más difícil lograr que un niño español juegue, que que estudie

la lección. Y es que estudiarla, quietecito, pide menos actividad que jugar á un juego físico; á saltos, carreras y trompicones. — Yo, parodiando la afirmación del pedagogo, sostengo que estamos siempre más dispuestos á dejar que nos despojen de nuestra propiedad, que á defenderla por los medios que la ley pone á nuestro alcance. Aceptamos como una fatalidad el despojo; sabemos ya que al montar en el tren nos jugamos la cuarta parte del equipaje, que el billete lo mismo puede costarnos cien que mil pesetas... y resignados como faquires, allá nos metemos en un departamento sucio, anticuado, cuyas ventanas no abren ni cierran, y al recoger nuestros bultos, cuando la odisea termina, damos gracias á Dios como si de alguna atrevida exploración regresásemos con la piel.

No lo dudes, viajero: el remedio de lo que deploramos está en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra tenacidad, en nuestra resolución de no permitir que con tal frecuencia sucedan estas cosas que no debieran suceder nunca. — Cada país tiene el gobierno que merece... y los ferrocarriles haciendo juego con el gobierno.

\* \*

Cubiertas de nieve quedan ya las pocas montañas que al paso del tren se ven en Castilla; muda con la mudez solemne del invierno la naturaleza, y casi sin hoja alguna los esbeltos alisos y chopos que adornan el cauce de los ríos y que cortan, único toque de verdura, la monotonía de la infinita llanada. Muchos todavía lucen las tintas rojizas y cálidas del otoño; otros ya no son más que esqueletos que alargan miles de brazos finos como encaje, sobre un cielo de un gris glacial.

En ninguna época del año deja de ser hermoso el paisaje; en ninguna comarca le falta su peculiar atractivo. Diréis que Castilla es parda y escueta, diréis que sus perspectivas adolecen de uniformidad y que está calvo su territorio, y despoblado, que es lo peor, lo más triste. — Verdad es, y no obstante, en esa lisura y esa igualdad hay belleza propia. — Su línea majestuosa recuerda la de la campiña romana, sólo que en Roma la tierra es más oscura, tiene ese matiz ardiente conocido por *ocre rojo ó siena*. Castilla es de ocre amarillo. Allá á lo lejos, sus montañas son de un violeta vaporoso. Cuando hace sol, el suelo se anima, el perfil de la yunta de mulas se recorta de un modo pintoresco sobre el azul del horizonte límpido. El pozo y la noria; el rebaño de negras y blancas ovejuelas; la vacada; el carro cargado; la lenta galera; el arcaico birlocho que conduce á su casa á algún señor campesino... son notas de gracia en medio de la severidad melancólica de ese paisaje de Castilla, por pocos elogiado, y que á mí me agrada si no viese en sus estepas la escasez de nuestra población y la huella de tantas vicisitudes como nos han arrinconado.

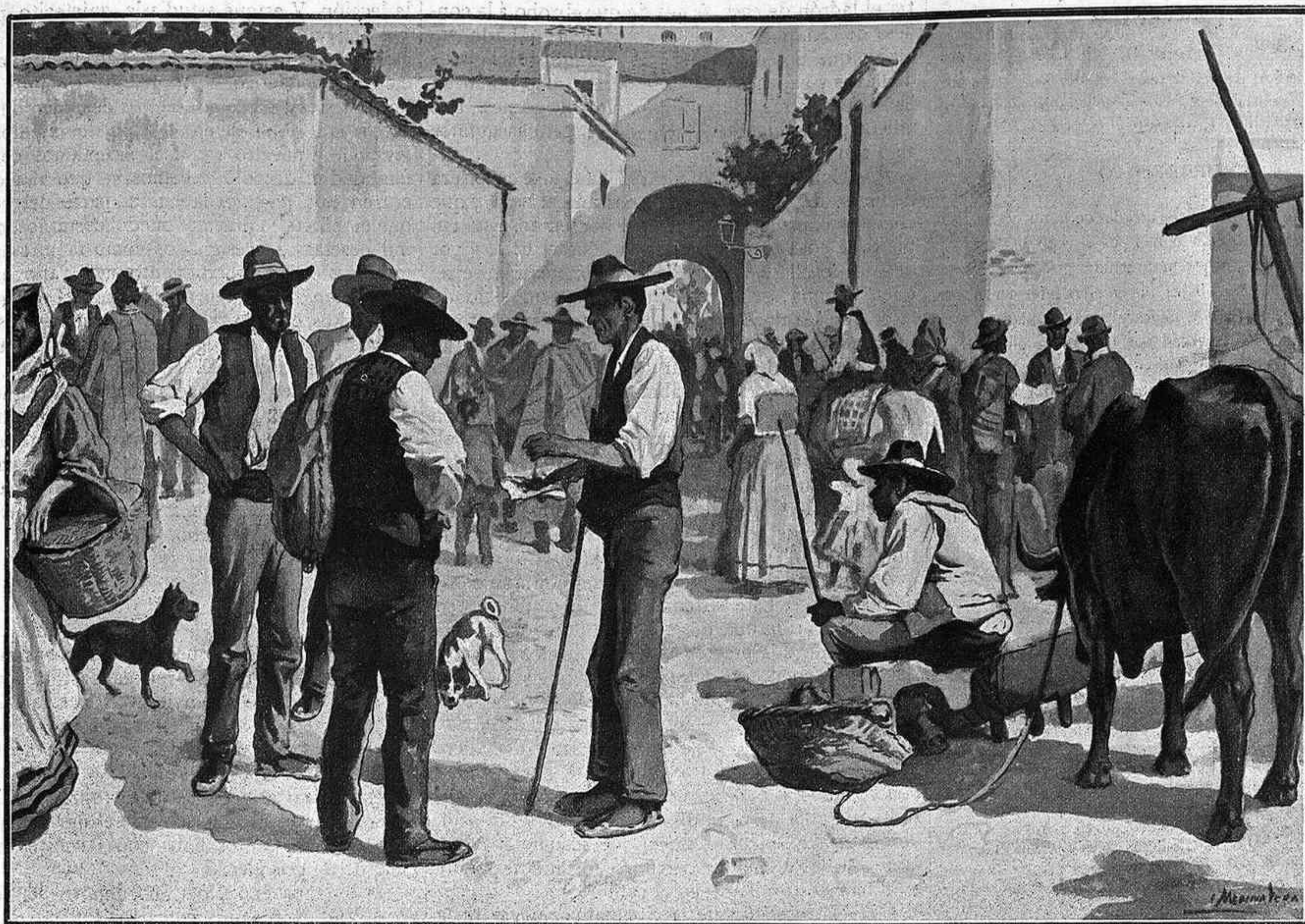
Y á veces — al lado del torreón feudal y del campanario elegantemente erguido sobre el grupo del caserío de adobes — asoma, ¡oh extraña vista!, la chimenea de una fábrica... Parece allí, en las llanuras donde aún creemos que van á cruzar los blancos alquiceles de los moros, un extraño anacronismo.

\* \*

¿Y de qué se habla á mi llegada á Madrid? Como siempre, de nada y de todo. La política está algo menos cuajada que en verano; la crisis amaga; los teatros empiezan á animarse y á sacar novedades de los años 45 y 50, como sacan las señoras del armario un traje antiguo, y se asombran de que vuelvan á llevarse tales mangas y tales hechuras; los paseos se llenan de gente; las tiendas presentan terciopelos y paños en el escaparate, mezclados con pieles y pesados abrigos; las «personas conocidas» vuelven del extranjero contando primores; Madrid es el Madrid habitual, con sus males y sus bienes, con su intensa vida de relación en un reducido círculo social... Dentro de una quincena empezará la racha de pulmonías, y caerán, como fruta sobrada madura, no pocos de los que ahora concurren á Apolo, ó de los que, más apocados, no se atreven á asomar la nariz fuera de casa así que obscurece... Vendrá diciembre guadañador, y leeremos necrologías sentidas y soporíferas en los diarios...

Mucho cuidado, muchas pastillas pectorales, mucho cuello subido, y Dios sobre todo. — Los muertos van aprisa, dice la balada alemana, y dice la diaria observación, de puro exacta, inútil.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El mercado del pimentón en Murcia

LA MEZCLA DEL PIMENTÓN EN MURCIA

La actualidad ha puesto sobre el tapete una cuestión al parecer insignificante, pero que entraña, sin embargo, gran trascendencia para la región levantina que ocupa la provincia de Murcia.



A la puerta del molino

No es de la incumbencia de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA mostrarse parte en el pleito empeñado que de un lado sostienen los industriales partidarios de la mezcla del aceite con el pimentón, y de otro los labradores de la huerta, que defienden en toda su integridad el producto del pimiento tal como éste queda después de sufrir las manipulaciones necesarias para llegar á constituir un artículo que puede llamarse de primera necesidad, puesto que los más elementales preceptos de la culinaria exigen esa especie para el condimento de casi todos los guisos usuales de la clase media.

Murcia se distingue por ser la que abastece á España entera de este producto.

Son miles de personas las que viven exclusivamente del pimentón, cuya cosecha es abundantísima y cuya preparación ocupa á numerosas familias, puesto que en ella intervienen de igual modo hombres, mujeres y niños.

La cosecha tiene tres cogidas y cada una de ellas la determina el color: cuando las matas aparecen extendidas en largas hileras y por entre sus hojas verdes aparece salpicada la nota roja de la madurez del fruto, apresúranse los huertanos á hacer la primera recolección, y así sucesivamente á medida que los más tardíos van coloreando.

En esta operación no toman parte las mujeres: el huertano no permite que intervenga en ella el sexo débil por la sencilla razón de que las faldas y las sayas estropean la mata del pimiento: es él quien, con el cuerpo encorvado, va escudriñando entre las matas y llenando de pimientos el capazo que le acompaña.

Después, la familia interviene en la inmediata operación, la cual consiste en extenderlos sobre la tierra poniéndolos á secar y formando grandes sábanas rojas que manchan en una gran extensión todo el terreno destinado á ello.

Una vez realizada esta operación, las mujeres y los chicos vuelven entonces á incautarse del pimiento, y sentados á la intemperie van abriéndolos uno á uno, extrayéndoles con gran paciencia la simiente que guardan en el interior, despojándolos del tallo que les unía á la mata y volviéndolos á colocar de igual manera á fin de que la acción del sol complete la obra de secarlos.

De las eras pasa el pimiento al molino; y aquella piedra misma que antes sirvió para triturar el trigo y que dió un tono blanco á la máquina, al molinero, al ambiente mismo, aparece ahora de un carmín vivísimo y todo es rojo: la casa, los hombres, los utensilios, hasta las caballerías que lo transportan: el pimiento se apodera de cuanto con él tiene contacto y va invadiendo su polvillo rojo todo lo que á su alcance está; la brisa más sutil se encarga de transportar aquellos átomos de color brillante que palpitan en un rayo de sol como los bordes de una herida abierta...

Y del molino van saliendo los sacos repletos de aquel polvillo sutil y apretado que luego ha de co-

tizarse á gran precio en el mercado de Murcia.

Allí es donde los huertanos bajan á realizar sus operaciones de compra y venta por ese medio tan primitivo del comercio en todos los países.

Dejan la mercancía en muelles y almacenes, y para sus transacciones bástaes llevar unas muestras del género envueltas en papelitos de estraza, las cuales sirven para tantear la calidad, examinar el color y determinar el precio á que ha de venderse.

Es un cuadro pintoresco el que presenta la plaza de Murcia al llegar la época en que tiene lugar este mercado.

Mézclanse en abigarrado conjunto huertanos y corredores; van formando grupos, y cada uno de ellos es un comercio al aire libre, donde se discute, se regatea y se rematan los tratos.

El lápiz de Medina Vera ha traducido fielmente los momentos más culminantes que describimos en este artículo hecho al correr de la pluma.

Como el asunto en sí tenía una nota artística que ofrecer á nuestros lectores, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no ha vacilado en darla, aprovechando



Abriendo el pimiento

la feliz coincidencia de la estancia de nuestro dibujante en Murcia.

De este modo servimos la información y la actualidad á un mismo tiempo y en la medida que á nosotros nos es dado. - L.

(Dibujos de Medina Vera.)

## LOS DOS CAMPOS

Juan Pedro llegó á España raquítico, enclenque, enfermizo; tanto que lastimaba verle, y costaba gran trabajo reconocer, en aquella ruina humana, al muchachote fornido y gallardo que cinco años atrás cayera soldado.

Estaba, no obstante lo ruinoso de su salud, contento de sí mismo, porque era patriota ferviente, á su manera, y había cumplido con el sagrado deber que le impuso su nacimiento en España.

La guerra, esa fiera terrible que sólo se alimenta de carne joven horriblemente magullada, le había proporcionado ratos malos, muy malos: el cansancio de las marchas forzadas; las noches pasadas en vela avizorando los puntos por donde podía llegar el enemigo; los días de hambre, días largos, como la misericordia de Dios, que amenazaban no acabarse sino con la muerte..., nada hizo mella en el bien templado pecho del mozo; Juan Pedro tenía el convencimiento de que la patria ganaba por algún lado lo que él perdía por todos, y soportaba las fatigas con alientos de gigante, deseoso siempre de luchar con la bravura de que era capaz hombre de tan soberbio corazón como el suyo.

Este modo de sentir valiote infinidad de satisfacciones, de esas que quedan grabadas en el alma por una eternidad: el coronel le había abrazado en presencia de todo el regimiento, después de una acción, por el valor que había desplegado (Juan Pedro lloró de júbilo); el general mandó en otra ocasión que le hiciesen sargento, y un mes más tarde, en acto solemnísimos y conmovedor, que no olvidaría nunca, colgaron de su pecho la cruz laureada de San Fernando.

Tal vez porque ignoraba lo que iba á suceder, Juan Pedro llegó contentísimo de la guerra, y al desembarcar en la Península envió con un suspiro el saludo más afectuoso á los compañeros que por allá quedaban.

Las fuerzas, de que tan escaso andaba, ya volverían á reanimar su cansado cuerpo; y si no, las daba por bien perdidas, puesto que á cambio de ellas tenía la cruz de los héroes y una pensión módica.

En su casa le recibieron con transportes de alegría, pues la pobre madre había soñado mil y mil veces en su hijo, muerto en el fragor de la lucha homicida, ensangrentado, lívido, mandando los últimos suspiros á aquel rincón de España, donde ella lloraba sin descansar.

El padre, después de abrazarle y de gimotear no poco, decía con voz ahogada:

— ¿Lo ves, mujer? Ya le tenemos aquí.

— ¿Ya no te irás más? ¿No te moverás de nuestro lado?, preguntaba la madre casi afirmando.

— No, no, descuide usted; vengo con licencia absoluta.

Grande pena causaba verle así, sin alientos para moverse, achacoso y raquítico, pero ya se pondría bueno. ¡Y poco cuidado que iban á tener con él! Como si hubiera nacido aquel día.

Algunas veces le daba coraje á la madre oír ha-

blar á Juan Pedro del honor militar, de la bizarría, de la patria y de no sé qué jeringonzas más. ¿Valía acaso todo aquello junto lo que una gota de sangre de su hijo. ¿Por qué se entusiasmaba él con aquello?

¿Qué había sacado? Una cruz pendiente de un

El anciano le recibió con cara de pascuas, dicho al ver cómo el hijo volvía paulatinamente á la salud perdida.

— Vamos, hombre, ¿te has atrevido á venir solo?

¿Que si se había atrevido? Ya estaba él muy mejorado, y cuando descansase una miaja iba á probar si podía hundir la azada en la tierra después de tanto tiempo.

Mientras descansaba pensó Juan Pedro en muchas cosas: comparó aquel fértil campo con el que quedaba allá en el teatro de la guerra: donde su padre hundía la azada había vida, muerte y desolación allá; la tierra era fructífera como cuando él se fué, más á ser posible; en cambio, donde habían operado los batallones, donde se habían reunido miles y miles de hombres para matarse con saña, sin saber por qué, ¡cuánto tiempo tardaría el campo en lucir sus galas!

El sol seguía majestuosamente su marcha hacia el ocaso; las aves empezaban á refugiarse en los árboles en que habían de pasar la noche; una bandada de palomas blancas pasó por encima de la cabeza del soldado enfermo en el momento en que pidió á su padre la azada.

— ¿Pero tendrás fuerzas, muchacho?

— Sí, padre, las tengo.

Los que trabajan en el campo están robustos; la pródiga naturaleza no permite que pasen hambre; cada día que trabaja un hombre vive alegre y tranquila una familia. ¡Ahora comprendo por qué mi madre tiene tanto horror á la guerra! Allí cada tiro lleva una agonía, y en veinticuatro horas se puede llenar de dolor el mundo entero.

Y luego, mientras hundía la azada, contento de poderla manejar.

— No sé, dijo, cómo habiendo instrumentos que hacen fértil la tierra y cómo dando ésta para todos, se reúnen

los hombres y pasan hambre y sed mientras se despedazan.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

## LA MANUFACTURA DE LOS GOBELINOS.

Con motivo de la exposición de tapices de los Gobelinos recientemente celebrada en el palacio de los Campos Elíseos de París y en la cual figuraban los dos hermosos ejemplares que en la siguiente página reproducimos, nos parece oportuno exponer algunos datos acerca de la famosa manufactura francesa.

Enrique IV llamó en 1601 á Francia á los famosos fabricantes de tapices Marco de Comans y Francisco de la Planché, los cuales establecieron la fábrica que ha dejado magníficas obras ejecutadas sobre los cartones de Simón Vouet, Toussaint Dubreuil y Pedro Pablo Rubens.

En 1627 se separaron los dos directores, quedándose Comans en la primera manufactura, que en 1662 fué completamente reorganizada por Colbert y puesta bajo la dirección de Le Brun. En aquella fecha se adquirieron importantes inmuebles que se agregaron al antiguo, y la manufactura recibió el



El que no llora..., dibujo de Eduardo Ertz

cintajo, galones de oro..., todo muy bonito, pero á cambio de la salud suya y de la de todos.

— Porque tú no sabes lo que ha sufrido tu probe padre leyendo lo que decían aquellos papeles de Madrid. ¡Si yo creo que la tierra daba más, por lo bien que la regó el probecillo con sus lágrimas toos los días!

Juan Pedro bajaba la cabeza sin querer contradecir á la madre, porque él, en cinco años, había llegado á cobrarle cariño á la agitada vida del soldado.

Los mimos del hogar fueron haciéndole volver á la vida, que parecía algunos meses antes escaparse de su cuerpo á paso de carga.

Una tarde templada, deliciosa, tarde de primavera en aquel suelo asturiano, donde la naturaleza espléndida y exuberante hace soñar en el paraíso que perdieron nuestros pecadores padres, donde el suelo cubierto de verde y salpicado de flores causa la desesperación del artista, impotente para reproducirle, Juan Pedro sintió que la sangre corría más caliente y con más fuerza por sus venas, que el cuerpo recobraba el perdido vigor, y tuvo deseos de pasear por el campo y respirar á todo pulmón el aire puro que fortalece. Paso á paso se dirigió al sitio donde estaba su padre, logrando su objeto sin grandes fatigas.

título de manufactura real de los muebles de la corona, teniendo en ella su representación todas las industrias artísticas que habían de contribuir al decorado del palacio de Versailles. Una legión de pintores y escultores, Van der Meulen, Yvart, Monnoyer, Anguier, Bonnemer, Tubby, Coydevox, Cucci, Caffieri, Loir, de Villers, estaban encargados de ejecutar las invenciones de su lápiz.

Entonces (1662-1693) la fabricación de tapices alcanzó todo su desarrollo, datando de aquel período los tapices más célebres, como la historia de Alejandro en once composiciones, la de Luis XIV en catorce, los actos de los apóstoles en diez y los de los meses.

En el siglo XVIII fabricáronse una porción de tapices no menos famosos que los anteriores: Jouvenet y los Coppel dieron temas tomados del Antiguo Testamento y otros inspirados en escenas dramáticas; J. B. de Troy pintó las historias de Ester y de Jasón, Boucher los amores de los dioses, Oudry las cazas de Luis XV, Natoire la historia de Mar-

co Antonio y Cleopatra, Restout, Lagrenée, Callet, de Vien, Taraval y otros trataron diversos asuntos.

En un principio, sólo se empleaba un corto número de matices, pero fué preciso multiplicarlos para satisfacer las exigencias de los pintores, autores de modelos, y entonces hubo de crearse una plaza de químico que tan brillantemente desempeñó por espacio de sesenta años M. Chevreul, quien, con sus sabios descubrimientos, enriqueció la gama de colores.

Pero estos descubrimientos han redundado, en definitiva, en perjuicio de la manufactura; en efecto, la fábrica en la época de su apogeo, produjo tapices de una factura soberbia, cuyo principal valor estaba en la sobriedad de los colores empleados; en cambio, ahora los artistas que utilizan los nuevos colores, obligan a los tejedores a variar sus hilos hasta lo infinito, con lo que se destruye la armonía de la pieza fabricada y además la decoloración produce efectos tan desastrosos como imprevisos. — M.



Episodio del «Quijote», tapiz de la manufactura de los Gobelinos, fabricado sobre un original de Coppel



Entrada de Luis XIV en Dunkerque, tapiz de la manufactura de los Gobelinos, fabricado sobre un original de Le Brun

## MOSÉN BENITO

Silvano Artigas, uno de los jóvenes más elegantes de la alta sociedad barcelonesa, pasaba, entre los

Navascués, que iba á cumplir dieciocho años, y había contestado con una rotunda negativa á cuatro ó cinco pretendientes de lo más rico de la región. Bajo la educación de su devotísima tía, aprendió á

la visita del cura del pueblo, que le habló de sus numerosos pobres. La caridad se le presentó como una distracción, y empezó á ocuparse con Juana y el cura en obras caritativas; y como estas obras dis-



Mercado de cabellos en el Spreewald (alrededores de Berlín), dibujo de F. de Haenen

Todos los años, durante el otoño, visitan las aldeas del Spreewald multitud de corredores de cabelleras procedentes de Berlín. En aquella región, cuyos habitantes de origen eslavo conservan el idioma y el traje de los Vends, las mujeres y las muchachas usan grandes cofias que les cubren por completo la cabeza, razón por la cual no tienen inconveniente alguno en desprenderse de sus cabelleras ya que al fin y al cabo la costumbre les impide lucir este

adorno natural. Las compras se verifican en las posadas y los tratos se cierran ofreciendo los compradores sendos vasos de schapps al padre y á la madre de las jóvenes cuyos cabellos adquieren. El precio de las cabelleras de niñas de 12 á 17 años varía entre 40 y 100 francos. Alemania exporta grandes cantidades de cabello rubio á toda Europa y su comercio hace gran competencia al de la Gran Bretaña.

socios del Círculo, por un tenorio desenfadado y temible, cuando, en realidad, el catálogo de sus conquistas se reducía á media docena de fáciles amoríos con señoras de diferentes cuerpos de baile.

Su amigo Soler de la Mata, cincuentón que, en materia de conquistas, las mató siempre callando y podía preciarse de conocer las flaquezas del sexo débil, se había casado, hacía poco tiempo, con una joven de veinte años.

Matilde Olaria, cuya inteligencia corría parejas con su simpática hermosura, tenía convertido á Soler en el más dichoso de los maridos, y el antiguo calavera hacía completamente feliz á su esposa.

Pero Silvano, para quien la facultad de hacer dichosa á una mujer como Matilde no podía menos de ser privilegio exclusivo de la juventud, no creía en aquella doble felicidad conyugal.

El guapo Artigas estaba convencido de que, bajo las apariencias de una dicha envidiable, la esposa del «vejancón» de Soler ocultaba crueles desengaños y profundas penas. Filántropo hasta la abnegación — cuando se trataba del bello sexo, — creyó emprender una obra de caridad acometiendo la de suplir á su amigo en la empresa de hacer feliz á Matilde.

Esta, que era franca y jovial y de una honradez á toda prueba, tomó á broma las insinuaciones de Silvano, que nunca llegaban, justo es decirlo, á la categoría de declaraciones abiertas, que hubieran obligado á Matilde á cambiar de actitud.

Soler de la Mata, puesto al corriente de todo por su esposa, lejos de dar el escándalo de una provocación ó de un rompimiento con su amigo, concibió el proyecto de operar una desviación de sus sentimientos casándolo con una muchacha adorable.

Soler tenía en Aragón una tía solterona que se había encargado de la tutela de una sobrinita, Juana

contentarse con el amor místico, y no quería nada más. Pero la solterona murió de pronto y la huérfana volvió á quedarse sola en el mundo.

Soler heredó la mitad de la herencia de la tía y la tutela de Juana, á quien le tocó la otra mitad.

La joven lugareña no se encontraba á gusto en la sociedad barcelonesa, donde echaba de menos la iglesia del pueblo con sus hiedras trepando por los agrietados muros y el perfume de las flores silvestres que cogía corriendo por las praderas. Juana hubiera deseado pasar en el campo todo el tiempo de su luto.

Una noche, en el Círculo, Soler sorprendió una conversación entre varios jóvenes que aludían con maliciosas reticencias á su complaciente amistad con Artigas. Aquella noche misma, convino con su mujer que ésta iría á pasar una larga temporada en el campo, con el pretexto de dar gusto á Juana.

\* \*

El *mas* de la Mata, plantado allá, en la costa ampurdanesa, en la vertiente de una montaña que domina el mar, alza su silueta almenada con pretensiones de fortaleza, de estilo caprichoso.

A un lado el inmenso horizonte del mar Latino; al lado opuesto el campanario del pueblo, de donde el viento esparce, tres veces al día, las vibraciones de la campana tocando la Salutación del Angel con un sonido de caldero roto. Al anochecer, el canto monótono del pastor que conduce el ganado al aprisco, y noche y día, la voz retumbante de las olas del mar rompiéndose en los arrecifes de la costa.

A Juana le gustaba aquella vida campestre, que muy pronto aburrió á Matilde.

Afortunadamente para ésta, no tardó en recibir

taban mucho de absorber todas las horas del día, las dos señoras dedicaban algunas á bordar ornamentos de iglesia.

\* \*

Una tarde, el cura les anunció, lleno de júbilo, la próxima llegada de un joven sacerdote, protegido del obispo, y cuya salud quebrantada, que le alejaba momentáneamente del sacerdocio, con dispensa absoluta de todo ejercicio, exigía los aires puros del campo, y principalmente las brisas del mar.

A renglón seguido, el bueno del cura expresó que, en medio de la satisfacción que le causaba el tener ocasión de servir al prelado, se veía en un grave apuro, porque en la rectoría, que se caía de vieja y se hallaba entonces en manos de los albañiles que le echaban algunos remiendos, no podía dar alojamiento decoroso al recomendado de Su Ilustrísima.

La señora de la Mata puso á disposición del señor cura una habitación de la quinta para el protegido del obispo.

Juana, que era muy devota del clero, batió palmas á la idea de Matilde, y el rector aceptó el ofrecimiento.

— No me atrevía á solicitar este favor; pero me saca usted de un grave apuro.

— Y nosotras nos alegramos infinito de que ese sacerdote venga á romper la monotonía de nuestra soledad, ¿no es cierto, Juana?

— ¡Ay, sí!

— De modo que somos nosotras las que debemos estarle agradecidas.

\* \*

Al día siguiente llegó mosén Benito al *mas*, acompañado del cura párroco.

Era un buen mozo, y su cara rolliza y sus ojos animados respiraban la salud más perfecta.

La señora de la Mata pudo apenas reprimir una exclamación de sorpresa al ver al forastero.

- Su Ilustrísima se ha alarmado sin motivo respecto á la salud del señor, dijo el cura, que atribuyó al aspecto del «enfermo» la sorpresa de doña Matilde.

Esta fué del mismo parecer.

Mosén Benito explicó que su apariencia de salud era una broma pesada de la naturaleza, pues realmente estaba muy anémico.

El rector se fué á los quehaceres de su ministerio, dejando «en poder» de las dos señoras al afortunado sacerdote.

\* \*

Mosén Benito se captó desde el primer momento las simpatías de Juana, tanto que la hermosa beata resolvió incontinenti tomarlo por director espiritual.

El cuarto dado al huésped abría sus ventanas al mar; era grande, arreglado con cierta coquetería, y sumamente alegre. Al entrar en él, tiró el sombrero por un lado y el breviario por otro, y se dibujó en sus labios una maliciosa sonrisa.

Diez minutos después, llamaron á su puerta. Abrió con precipitación y se encontró en presencia de Matilde.

Peró la acogida que ésta le hizo á solas fué, sin duda, muy distinta de la que el joven clérigo esperaba.

- ¡Señor de Artigas!, le gritó la señora, lo que usted ha hecho es una insensatez. Mucho me ha costado reprimirme... Si no le arrojé de esta casa en el momento de poner los pies en ella, fué por evitar un escándalo que hubiera podido tener consecuencias muy graves... Le doy hospitalidad por breves días... Cuando á mí me parezca bien, inventará usted un pretexto para abandonar la casa y el país, procurando que nadie descubra su loca superchería, que podría perjudicar á mi reputación.

Silvano trató de defender su causa, pero ante la actitud digna y resuelta de Matilde, no tuvo más remedio que someterse.

Peró la desazón causada por la señora de la Mata al padre Benito halló grata compensación en la manera afable y dulce con que le trató Juana.

\* \*

Y sucedió lo que era natural que sucediese.

El libertino se enamoró apasionadamente de la beata, y la beata se enamoró - místicamente - del clérigo.

Peró el amor de Juana empezó á cambiar de naturaleza desde una tarde en que sorprendió á Matilde dando á mosén Benito el nombre de Silvano.

La muchacha adivinó que los hábitos de su nuevo director espiritual no eran más que un disfraz, y desde aquel momento vislumbró una novelesca aventura en que Silvano y ella eran los protagonistas.

Una tarde en que se encontraban solos en un banco del jardín, Juana dijo de pronto al joven clérigo:

- Padre, quiero confesarme con usted... ¿Quiere usted oír mi confesión?

Silvano estaba tan lejos de esperar una proposición semejante, que de pronto no supo qué contestar.

Juana aparentó tomar aquel silencio por un consentimiento, y empezó:

- Padre, me acuso de...

Silvano no la dejó continuar. Tuvo miedo. ¿Qué confesión iba á salir de aquella boca adorable, que

En aquel momento Soler de la Mata y su esposa aparecieron por uno de los paseos del jardín.

Matilde, en sus cartas diarias á su marido, le había tenido al corriente de cuanto ocurría en la finca, y Soler le había aconsejado que difriese el despido del falso clérigo, esperando que la aventura conduciría á la realización de su proyecto de casar á Silvano con su sobrina.

- ¡Tíol, exclamó Juana corriendo á abrazar á Soler. Me perdonará usted que haya sido la causa de esta

comedia. El señor de Artigas me amaba y no sé qué malas lenguas le habían dicho que yo estaba enamorada de los curas.

En aquel momento llegó el cura párroco.

- Señor rector, le dijo Soler; mañana, en el primer tren, me llevo á mosén Benito, porque este clima no le prueba.

- La verdad es que cuando vino tenía mejor semblante...

- ¡Santo varón!, pensó Silvano.

\* \*

Al día siguiente, al despedirse de Juana, le dijo Artigas:

- ¿Me perdona usted la estratagema?

- Queda usted perdonado, contestó la beata; pero con la condición de que no vuelva usted á pecar.

- ¡Adiós, tía!, dijo Silvano con retintín á Matilde.

Y ésta le despidió con un apretón de mano acompañado de estas palabras marcadas:

- ¡Hasta muy pronto, sobrino!

JUAN B. ENSEÑAT.

## LA ADORACIÓN

DE LOS MAGOS,

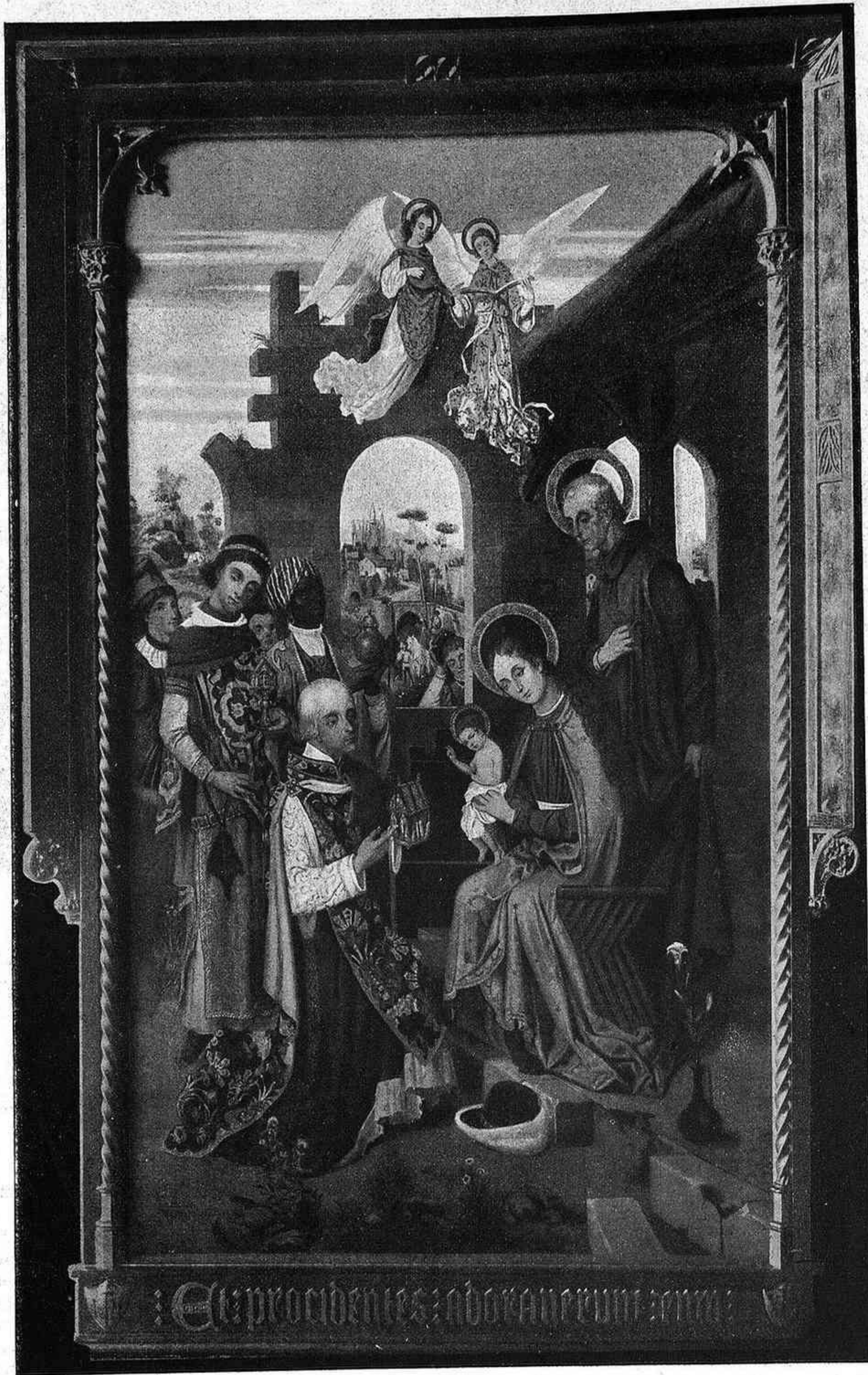
pintura de Fausto Morell

Un inteligente académico español, que en presencia de una reproducción fototípica de esta obra la calificó de «tabla gótica muy bien conservada», al saber que se trataba de un cuadro de ejecución reciente, añadió que podría juzgarse como un Memling ó un Van Eyck auténticos.

Este juicio, que constituye el mayor elogio de la tabla y de su autor, explica también el carácter de una de las especialidades artísticas que con

predilección cultiva el notable pintor mallorquín. En efecto, D. Fausto Morell, sin desairar la escuela moderna y realista, cuyos procedimientos suele aplicar á los retratos y á los asuntos de índole profana, se complace particularmente en perfilar é iluminar las imágenes destinadas al culto, sellándolas con el carácter hondamente místico que tanto resalta en las composiciones de los grandes maestros del siglo xv.

Avaloran el mérito de sus tablas, imitaciones perfectas del arte medieval, la pureza del diseño, el acertado agrupamiento de numerosos personajes sin confusiones, la placidez y suavísima expresión en las fisonomías, la riqueza y escrupulosidad en los detalles indumentarios, las prolijas y risueñas perspectivas de los fondos convencionales y, en general, lo típico de las figuras, cuya irreprochable ejecución, sin ser miniaturada, permite apreciar á corta y á larga distancia el simpático efecto de un colorido armoniosamente combinado con los nimbos y ornamentaciones de labor dorada y rehundida.



La Adoración de los Magos, pintura sobre tabla de Fausto Morell

él hubiera querido sellar con la suya?

Cogiendo ambas manos de la penitente, le dijo:

- Juana, soy un gran culpable...

- Trueta usted los papeles, interrumpió la muchacha.

Y añadió, bajando la voz y los ojos:

- Me acuso... de que le amo á usted, padre...

- Y yo confieso que la adoro á usted, Juana.

- Ya lo sé, contestó tranquilamente ella. Mi tío Soler le habrá dicho á usted lo que decía siempre á mi tía Matilde: «A esa niña no le gustan más que los curas,» y sin duda por eso se puso usted la sotana.

Silvano estaba lleno de confusión.

- Sí, sí, por esto, balbuceó el falso clérigo..., pero Soler no sabe nada...

- Lo sabrá esta tarde, porque le esperamos hoy.

- ¿Hoy? Entonces estoy perdido. ¿Cómo salir de esta situación?

- Todo lo he previsto.



EN LA PLAYA, CUADRO DE ENRIQUE BARTELS



La mejor demostración de estas notables cualidades las tenemos en la bellísima tabla de la *Adoración de los Magos*, que reproducimos, y que es una imitación genial de los mejores ejemplares de la antigua escuela flamenca, que como joyas de inapreciable valor se conservan en templos y museos de Europa.

Entre las principales obras de este género pintadas por el Sr. Morell, citaremos cuatro escenas que forman el *pasio imaginis* de San Emigdio, dos tablas de San Bernardo y San Gregorio y un cuadro de Santo Tomás de Villanueva. — S.

NUESTROS GRABADOS

Retrato pintado por F. A. de Kaulbach. — El pintor que quiere trasladar al lienzo la efigie de una persona, no realiza su misión artística si se limita a reproducir con perfección técnica y aun pudiéramos decir con exactitud matemática las líneas, contornos y matices que constituyen el físico de la persona retratada; si esto solo fuese suficiente, el mejor retrato sería una fotografía, ya que nunca la mano del hombre podrá lograr la precisión que de una máquina se obtiene. No, el artista ha de hacer algo más que copiar la materia, ha de ahondar en el alma del sujeto, ha de investigar cuáles son las cualidades que le caracterizan, y una vez en posesión de estos datos de orden puramente ético, ha de escoger el momento, la actitud, la expresión del rostro que a aquellas cualidades corresponden y poner manos a la obra traduciendo y exteriorizando la impresión recibida a fin de que al par que la materia quede impresa en la tela la fisonomía moral, de tal manera que quien contemple el retrato terminado no sólo sepa quién es, sino además cómo es el retratado. El notable retratista alemán Kaulbach ajusta sus producciones a estos principios, y así brotan de su pincel retratos llenos de vida, admirables por su forma, pero más aún por el alma que en ellos alienta, como el que en el presente número reproducimos y que mereció de la crítica los mayores elogios cuando figuró en la exposición recientemente celebrada en Worms.

El que no llora... dibujo de Eduardo Ertz. — El hombre, merced a su raciocinio, ha logrado hacerse perfectamente cargo de las ventajas que puede reportarle la aplicación oportuna del conocido refrán «El que no llora no mama,» que entraña una gran enseñanza y un valioso consejo; en cambio el niño no necesita hacer ningún esfuerzo de inteligencia para lograr el mismo resultado, y aun antes de que en él despierte la razón, el instinto le demuestra de qué medios ha de valerse para ver inmediatamente satisfecha su necesidad y hasta en algunos casos su simple capricho. El recurso es de efectos positivos é inmediatos, pues para evitar un contratiempo al llorón ó para ahorrarse las molestias de un berrinche, la madre ó la nodriza acude apresurada y acalla el llanto del chiquillo ofreciéndole el codiciado alimento. Porque ¿quién se niega a una petición tan ruidosamente formulada? ¿Qué método, qué régimen no ceden ante una explosión de gritos y lágrimas tan formidable? Toda resistencia es inútil cuando la cosa reviste ciertas proporciones, y por rigurosos que quieran mostrarse los padres, cuando su hijo llega al estado en que, por ejemplo, vemos al niño tan bien dibujado por Ertz, precinden de todas sus severidades, dejan a un lado todas las consideraciones y apelan al único remedio infalible para tranquilizarle y para proporcionarles ellos mismos un rato de calma y de descanso, pues saben que si es verdad que «el que no llora no mama,» no lo es menos que «el que mama no llora.»



GENTE VIEJA, cuadro de Janos Vaszary

Gente vieja, cuadro de Janos Vaszary. — Cuando un artista escoge para sus cuadros asuntos sencillos ó tipos vulgares, es menester que supla con bellezas de ejecución la falta de interés del tema; si éste ya por sí sólo atrae, la atención de los que contemplan el lienzo hállase solicitada principalmente por la significación de la idea que en él ha presidido, é involuntariamente se fija algo menos en la manera cómo el autor lo ha tratado técnicamente, al paso que si nada la distrae tiene por fuerza que concentrarse en la parte externa de la composición y se halla, por ende, en mejores condiciones para apreciar sus cualidades ó sus defectos de forma. Si en tales



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — EXPOSICIÓN PINELO. ARROYO DE LA CAVA (GUADALCANAL), cuadro de José Pinelo

circunstancias una obra sale triunfante del examen crítico, bien puede afirmarse que el pintor no pertenece al número de los adocenados, sino que es digno de figurar entre los escogidos. Tal sucede con el adjunto cuadro del artista húngaro Janos Vaszary: ni por su composición ni por los personajes que en ella figuran tiene importancia suficiente para cautivar nuestro ánimo, y sin embargo, sus dos ancianos están pintados con tal maestría, hay tanta intensidad de sentimiento en sus rostros y en sus actitudes, que olvidándonos del escaso interés de la obra, hemos de reconocer en su autor a un artista de talento y de conocimientos no comunes.

Arroyo de la Cava (Guadalcanal), cuadro de José Pinelo. — Como este cuadro figuraba en la Exposición Pinelo organizada en el Salón Castillo de Buenos Aires, de la cual se ocupó extensamente el Sr. Solsona en el artículo publicado en el número 1.087 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, excusamos toda descripción del mismo, pues ya nuestro inteligente y querido corresponsal literario hizo notar en su interesante trabajo las excepcionales dotes del Sr. Pinelo para tratar temas inspirados en la hermosa región en que el pintor tiene todas sus afecciones y muchos recuerdos. Nos limitamos, por consiguiente, a felicitar una vez más al notable artista, cuyas obras han podido admirar en distintas ocasiones nuestros lectores.

En la playa, cuadro de Enrique Bartels. — Este notable pintor alemán ha estudiado como pocos de sus colegas del Norte de su patria y como pocos también ha logrado conocer fundamentalmente sus calmas y sus tempestades, la atmósfera que sobre ellos se cierne, las dunas que oponen un dique a sus olas, las aldeas que en sus playas se levantan y los hombres que en aquellas costas viven. Comenzó Bartels interesándose únicamente por el paisaje y recurriendo a la figura humana como simple accesorio; pero poco a poco fué dando mayor preponderancia a este elemento, hasta llegar a hacer de él el objeto principal de sus composiciones, y hoy los pescadores, las gallardas muchachas, los robustos chiquillos que en sus cuadros nos ofrece tienen no sólo un interés pictórico, por la maestría con que están ejecutados, sino además la vida que ha sabido darles no tanto el artista como el amigo que con ellos ha compartido la existencia. No se crea por esto que Bartels es un pintor exclusivamente sentimentalista; basta examinar su lienzo *En la playa* para comprender que su talento ha armonizado por modo admirable el sentimiento con la realidad, fundiendo en un conjunto bellísimo lo que sus ojos vieron y las sensaciones que aquellos espectáculos de la naturaleza despertaron en su alma. Aparte de esta armonía y de esta fusión, la obra que nos ocupa es digna de los mayores elogios, desde el punto de vista técnico, por su composición acertada, por la

corrección de líneas, por la distribución hábil de las masas de luz y de sombra, y por el vigor con que las tres figuras se destacan sobre la superficie del mar y sobre el horizonte que forman el fondo del cuadro.

Examen de doctrina, cuadro de Domingo Fernández y González. — En el lienzo que reproducimos ha tratado el distinguido pintor sevillano Sr. Fernández y González de representar un cuadro de costumbres de la épo-

ca de nuestros abuelos. Recientemente hemos dado a conocer a nuestros lectores otras composiciones del mismo artista, pertenecientes al mismo género, tan estimables como la a que hoy nos referimos. Todas ellas pertenecen a un ciclo característico de algunos pintores, especialmente españoles, y aunque hoy los nuevos conceptos imponen otros temas y hasta otros procedimientos, no por eso dejan las composiciones a que aludimos de merecer aplauso, cuando en ellas se descubre la habilidad y la inteligencia del artista.

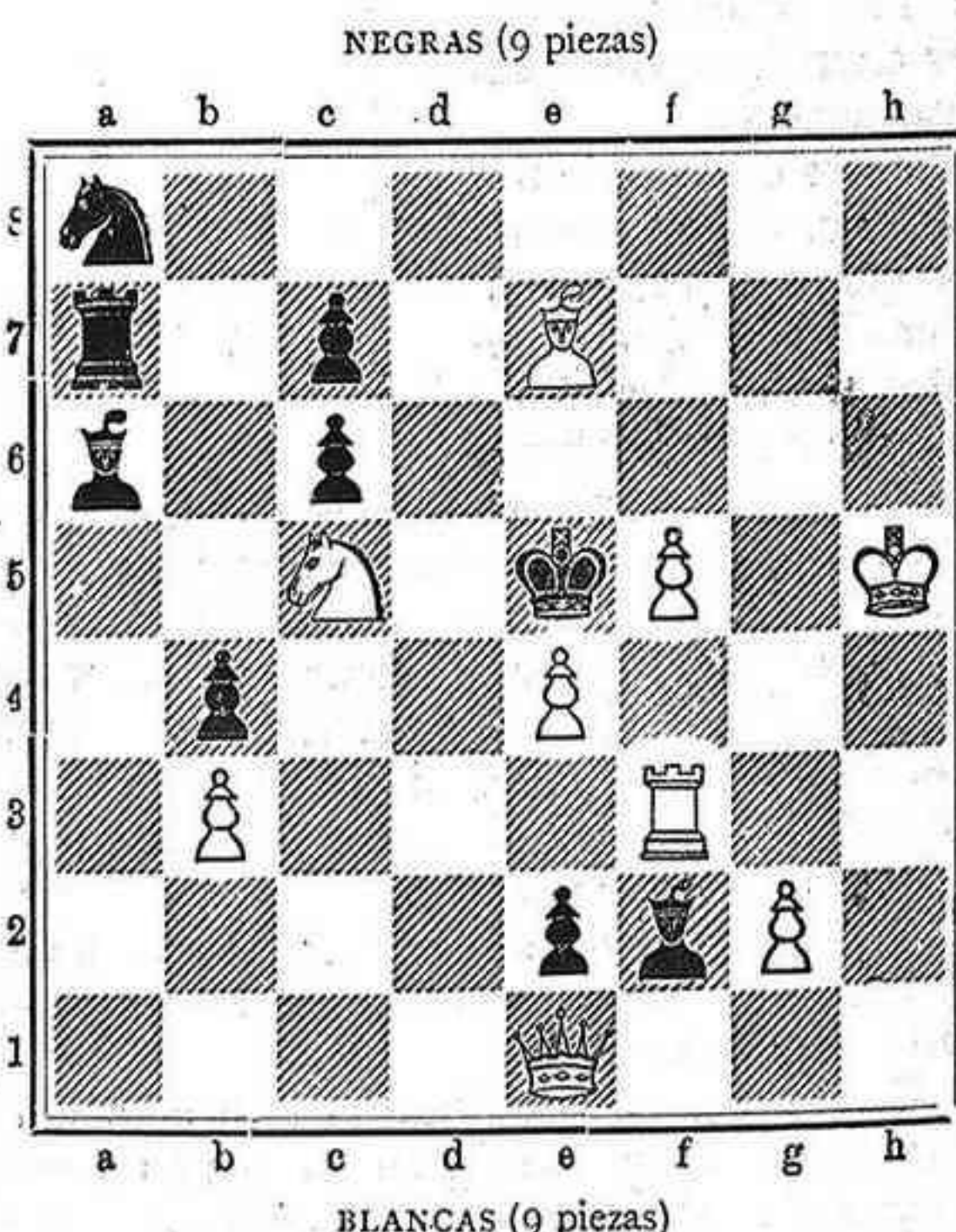
MISCELÁNEA

Teatros. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Los sinvergüenzas*, comedia en cuatro actos de Augier, muy bien adaptada a la escena española por Pedro Gil, y *Las vecinas*, graciosa pieza en un acto del actor de la compañía Sr. Miralles; y en el Eldorado *Lola Montes*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Vives. Las dos representaciones de Mlle. Bartet y M. Le Barzy en el teatro Principal han valido sendos y ruidosos triunfos a estos dos actores notabilísimos de la Comedia Francesa.

Necrología. — Han allecido: Alois Greil, notable pintor austriaco que se distinguió por sus cuadros de costumbres populares de los arrabales de Viena y rurales de la Alta y Baja Austria. Francisco J. Krones, célebre historiador austriaco, profesor de Historia de la Universidad de Graz. Mauricio Adler, pintor húngaro premiado con honrosas recompensas en varias importantes exposiciones. Guillermo Bockmann, notable arquitecto alemán, autor de los más importantes monumentos de Berlín.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 301, POR M. FEIGL. Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección B.



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 300, POR B. PRIKRYL.

- |                   |                |
|-------------------|----------------|
| Blancas.          | Negras.        |
| 1. Dh3—f1         | 1. Cualquiera. |
| 2. P, D ó C mate. |                |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Entonces, el entusiasmo de las bravatas menguó de repente en aquellos hombres sencillos, tranquilos, extraviados sólo por perniciosas influencias extrañas; en vez de la soñada fácil victoria, se veían delante de una lucha larga, difícil, al término de la cual estaba la ruina de sus familias.

Celebróse una sesión en el despacho de Dernburg; á ella asistían el barón de Wildenrod, que no faltaba nunca en esa clase de reuniones, y tres altos empleados que habían ido allí con la esperanza de lograr que el jefe suavizara algo sus resoluciones; pero todo fué inútil.

— Conque ya lo sabendijo Dernburg sintetizan, do lo discutido. Mañana por la mañana se ejecuta todo lo que he dispuesto: se apagan los fuegos y se cierran los talleres. Cuiden ustedes de que mis órdenes se cumplan y avísenme en cuanto ocurra la menor novedad. Señores, nos encontramos en momentos difíciles y espero que todos cumplirán con su deber.

— Por nuestra parte, esté usted tranquilo y aun podemos responder de nuestros subordinados inmediatos; pero abriguemos la esperanza de que no sucederá nada grave. Crea usted que todos están más calmados y que muchísimos se arrepienten ya de lo ocurrido; además, sabemos que no es toda la culpa de esos ignorantes, sino que han sido excitados, azuzados y exaltados de un modo indescriptible y hasta sabemos por quién.

— Ya lo sé; se han dejado azuzar por gente extraña, ¿contra quién? Contra mí. Perfectamente; pues ahora que sufran las consecuencias.

Ante este lenguaje frío y conciso, el director no supo qué contestar y dirigió una mirada á sus compañeros. Entonces el ingeniero tomó la palabra.

— También yo estoy convencido de que la mayoría empieza á reconocer su irreflexión, y ya verá usted como antes de poco retiran la proposición absurda de que se vuelva á tomar á Fallner, como la mayoría reanuda tranquilamente los trabajos, como los demás seguirán su ejemplo y como todo terminará por falta de calor, sólo con que usted, señor Dernburg, quiera mostrarse un poco benigno...

— ¡Eso nunca!, exclamó Dernburg resueltamente.

— Pero ¿qué haremos con la gente que mañana se presente á trabajar?

— Únicamente se les admitirá si firman una declaración en que se manifiesten independientes de los compañeros y dispuestos á someterse á mí en absoluto. Sólo con esta condición volverán á ser admitidos.

— Eso no lo conseguiremos.

— Pues entonces que permanezcan cerrados los talleres. Veremos quién resiste más tiempo, ellos ó yo.

— Esta es también mi opinión, dijo Wildenrod. Encuentro que esta manera de obrar es un deber que tiene usted para consigo mismo, que su posición le impone. Parece que esos señores opinan de dis-

Dernburg habíase asomado á la ventana: iluminado por aquella luz más clara, podía observarse el cambio que en aquel hombre habían producido los últimos acontecimientos. Parecía envejecido diez años más, y su rostro, aunque conservaba toda su expresión de energía, había perdido su aire de dulzura y de bondad. Miraba en silencio hacia los talleres; las chimeneas todavía humeaban; los hornos aún despedían llamas, y se oía el rumor incesante, colosal, del trabajo de millares de obreros. Y mañana... todo permanecería silencioso, muerto... ¿hasta cuándo?

Involuntariamente acudió este pensamiento á sus labios y lo pronunció en alta voz. Wildenrod, que se le había aproximado, lo oyó.

— Ya verá usted, dijo, como no dura mucho. El poder está en sus manos y Odensberg ahora lo comprenderá. Esa canalla que le ha abandonado para correr detrás del primer bribón...

— ¡Oscar, está usted hablando de mis obreros!, exclamó Dernburg interrumpiéndole.

— Sí, de sus obreros, que el día de las elecciones le demostraron su gratitud de una manera tan conmovedora. ¡Ah, comprendo lo que debió usted sentir aquel día!

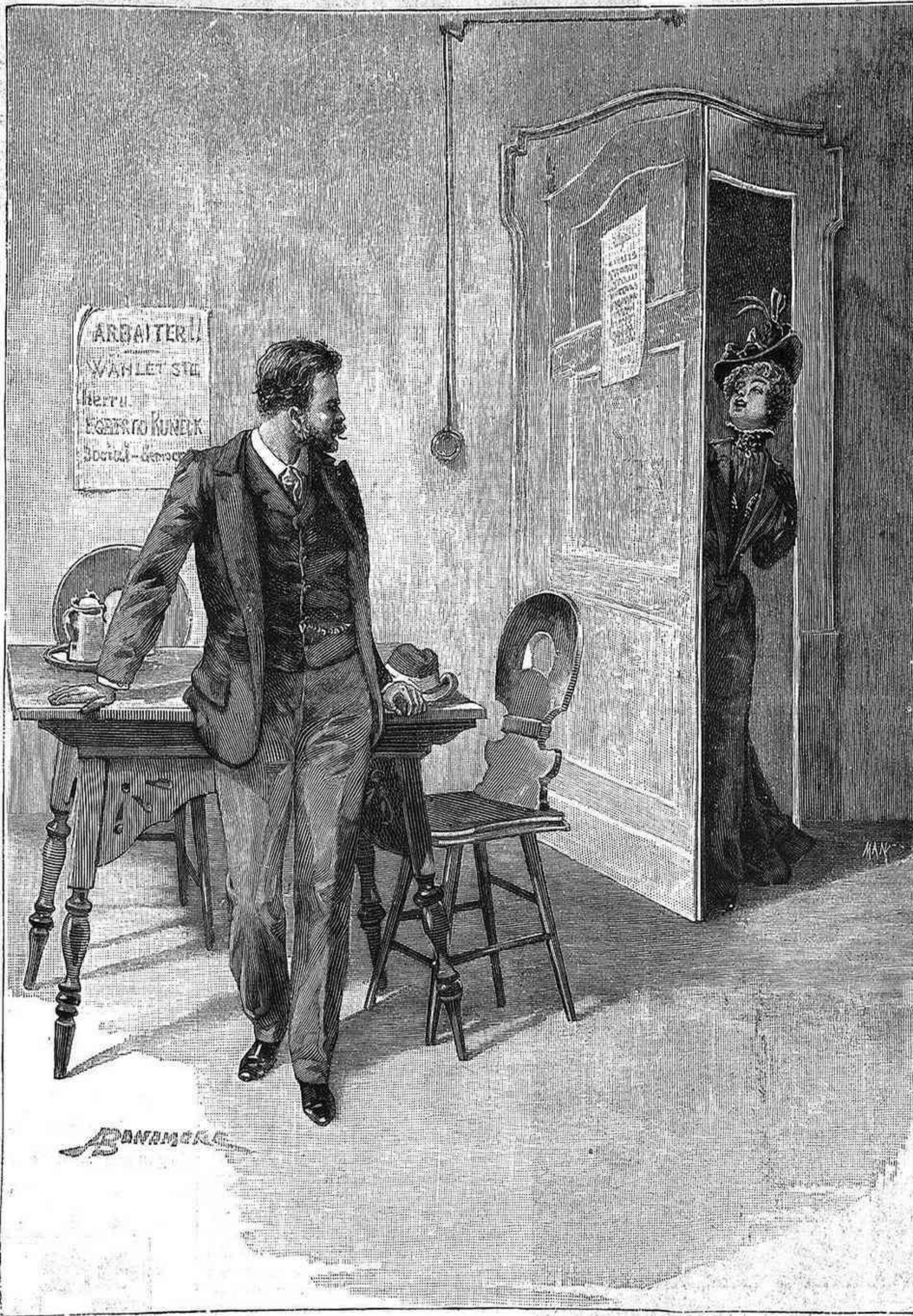
— No, Oscar, no es posible que usted lo comprenda. Usted ha venido á Odensberg como forastero y su posición en estos lugares es distinta de la mía, de lo que era la mía. Yo estaba al frente de mis obreros, trabajaba con ellos y... tenía el firme convencimiento de que también para ellos trabajaba, y así como mis trabajadores podían contar conmigo, creía á mi vez poder contar con su cariño y con su fidelidad. Pero ahora todo ha concluido. ¡Cuán loco fui! ¡No quieren ya la paz, quieren la guerra!

— Sí, quieren la guerra, pero nos hallarán dispuestos. No dude usted de que venceremos á todos esos rebeldes.

— Sí, ciertamente les venceremos, dijo Dernburg con profunda amargura. Sí, obligaré á mi gente á que se someta y se someterán con el corazón reboando hiel, lleno de odio contra mí... ¡Contra mí! Esa reconciliación aparente no será más que una tregua, durante la cual reunirán nuevas fuerzas para precipitarse de nuevo sobre mí, y entonces habré de volver á someterles, y así sucesivamente hasta que uno de los dos partidos destruya al otro. ¡Oh! ¡Una vida semejante se me hace insostenible! ¡No puedo más!

Y bruscamente volvió la espalda á la ventana, como si no quisiera ver más los talleres; luego añadió con voz cansada:

— Había siempre creído que lograría sostener las riendas de Odensberg hasta mi muerte; pero desde hace ocho días, ya no lo creo así. ¡Quién sabe, Os-



... y al ver á Runeck lanzó un grito de alegría (pág. 740)

tinto modo, pero pronto se persuadirán de que este es el único camino para que los obreros se sometan en el menos tiempo posible.

Los empleados guardaron silencio: estaban acostumbrados á ver al barón al lado de Dernburg y á hacer plenamente uso del derecho que le había sido otorgado de hablar como amo. Al principio, esta autoridad había disgustado á todos; pero desde que veían en el barón al futuro yerno del Sr. Dernburg y al dueño futuro de Odensberg, todos se habían conformado más fácilmente y no pensaban en hacer una oposición que había de resultar inútil.

Cuando el Sr. Dernburg se levantó para despedirles, aquellos señores saludaron y salieron.

— Parece que tienen miedo de que estalle una sedición, dijo Oscar cuando se hubo cerrado la puerta. Por amor á la paz harían quién sabe cuántas concesiones; yo, en cambio, estoy muy contento de que se haya usted mantenido firme; cualquier concesión sería una debilidad imperdonable.

car, si acabaré por poner la dirección en sus manos! Usted es más á propósito que yo para afrontar los tiempos que se aproximan.

— ¡Dios mío! ¡Qué capricho!, exclamó Wildenrod sorprendido y á la vez deslumbrado ante el horizonte que á sus ojos se ofrecía. Supongo que no piensa usted seriamente en retirarse, Sr. Dernburg.

— Por ahora no, respondió éste irguiéndose. Hasta ahora he vencido en todas las luchas que durante mi vida he tenido que sostener. ¡También venceré en esta!

— Y cuente usted siempre conmigo, dijo Oscar tendiéndole la mano. Y ahora, dígame: el director, según parece, teme que hoy á la hora de pagar los jornales y despedir á los obreros se promuevan incidentes desagradables, y aunque se han adoptado todas las precauciones necesarias, estoy dispuesto á intervenir en cualquier caso en que no sea suficiente la autoridad de los empleados. Usted no debe dejarse ver, porque no puede exponerse á recibir una ofensa. Déjeme á mí que haga lo conveniente.

Dernburg se sonrió con sonrisa infinitamente amarga y dolorida, pero hizo un ademán de protesta.

— Gracias, Oscar; nunca he dudado de su valor, pero en esta ocasión no quiero que nadie me reemplace. Si he de ir allí, venga usted enhorabuena conmigo; que todos vean y sepan que le concedo los derechos de hijo, pues de ello no hago ya un misterio.

Aquellos dos hombres se estrecharon la mano y luego el barón salió. En la antesala acercósele un criado que le dijo:

— Sobre la mesa del señor barón hay una carta que han traído de Eckardstein hace media hora. No nos hemos atrevido á molestar al barón, tanto menos cuanto que el mensajero no esperaba respuesta.

— Está bien, repuso el barón distraído.

En aquel momento su mente estaba absorta en el pensamiento suscitado por las palabras de Dernburg, por aquella visión de un poder mágico próximo... ¿Había sido un simple acceso de desconfianza, un capricho pasajero, ó bien el hombre herido en lo más hondo de su alma, quebrantada su fe, no se sentía ya con fuerza para afrontar una lucha importante con sus trabajadores? En este último caso, Oscar de Wildenrod estaba seguro de ocupar su puesto... ¿Se hallaba, pues, tan cercana la anhelada meta? Los ojos de Oscar despedían fuego. ¡Ah! No, no habría él tenido las contemplaciones sentimentales del suegro... ¡Ya aprendería Odensberg á conocer á su nuevo amo!

Cuando entró en su cuarto, fijóse su mirada en la carta puesta encima de la mesa y recordó las palabras del criado. ¿Una carta del castillo de Eckardstein? ¿Qué podían comunicarle de aquella casa? El conde Víctor sabía ó por lo menos sospechaba quién era el que había puesto obstáculos á que hiciera la corte á Maya, por lo que no debía pensar ciertamente en reanudar sus relaciones de amistad ó de vecindad...

Entonces, ¿quién podía escribirle?

Oscar cogió la carta y la abrió; leyó las primeras líneas y estremeciése, y en seguida volvió la página y fijó sus ojos en la firma.

— ¡Federico de Stetten!, murmuró palideciendo.

¿Qué espíritu malvado le ha llevado á Eckardstein? ¿Qué quiere de mí?

Después leyó lo siguiente:

«He de tratar con usted de un asunto muy grave y penoso. He pensado detenidamente en el modo como debía hacerlo, y al fin he escogido el más suave, porque no puedo olvidar la amistad que á su padre me unía. Por esto me limitaré á decirle que conozco su pasado desde el día en que salió de Alemania hasta el último de su permanencia en Niza, importando poco el medio de que me he valido para adquirir estos informes. Dadas estas circunstancias, ya comprenderá usted por qué le pido que abandone la posición que ocupa usted actualmente

Oscar dejó caer la carta. Federico de Stetten no se chanceaba; Wildenrod le recordaba de casa de su padre y sabía que no prometía en vano. Si se negaba á retirarse, Stetten haría sin ninguna duda lo que entendía ser su deber, y entonces ¡todo estaba perdido!

Oscar recorría la habitación como un loco. ¡En el mismo instante en que iba á llegar al soñado término de sus ambiciones, llegaba el golpe aniquilador! Pero ¿y qué?.. Y al preguntarse esto, todo su valor, toda su temeridad se exaltaban ante el peligro mortal. ¿Cómo? ¿Ceder? ¿Abandonar Odensberg, de donde se creía ya amo indiscutido? ¿Huir ahora? ¡No, jamás! ¿No le concedían un plazo de ocho días?

Pues bien: ¡podían en ocho días suceder tantas cosas! Se había encontrado muchas veces en el fondo del abismo considerándose perdido, y siempre una resolución audaz ó un golpe afortunado le habían proporcionado la salvación. Ahora se trataba de desafiar nuevamente á la fortuna, y todo estaba en escoger el medio más propicio... En el loco torbellino de ideas y proyectos que se agitaba en su mente, sólo uno se destacaba siempre claro, inmutable: debía asegurarse á toda costa de Maya, ligarla á él de manera que ninguna fuerza humana, ni siquiera la del padre, pudieran arrancársela. Maya había de ser su escudo defensor contra aquel ataque, Maya á quien había fascinado y sojuzgado por completo apoderándose de sus pensamientos, de sus sentimientos, de su alma toda. Aquel amor sería su salvación.

Oscar cogió la carta, volvió á leerla y luego la rompió en trozos menudos que arrojó á la chimenea y que fueron pronto devorados por las llamas, mientras el barón se echaba en la butaca delante del fuego. Y con los ojos fijos en las llamas vacilantes, volvió á sumergirse en sus pensamientos formando infinitos proyectos.

Habría pasado tal vez media hora, cuando se abrió la puerta y un criado anunció:

— El ingeniero señor Runeck.

— ¿Quién?, preguntó Wildenrod furioso.

— El Sr. Runeck desea hablar con el señor barón de un asunto urgente.

Egberto, que había seguido al criado y entraba sin esperar la respuesta, hizo un ligero saludo y dijo:

— Sr. Wildenrod, he venido para una cosa importante y de urgencia.

Oscar indicó al criado que saliera y se volvió fríamente hacia Runeck. No dudaba acerca de la significación de aquella visita; pero la carta de Stetten le había preparado y acorazado contra todo; un peligro más ó menos no influía en la lucha que había de entablar en aquella cuestión de vida ó muerte.

— ¿Qué desea usted de mí?, preguntó. Ya comprenderá usted, Sr. Runeck, que después de todo cuanto ha sucedido, su presencia aquí me asombra, porque nunca creí que pudiera usted volver á Odensberg.

— Mi visita es para usted y le ruego, en su propio interés, que me escuche, dijo Egberto con no menos frialdad.

— Escucho, respondió lacónicamente Oscar.

— Prescindo de preámbulos. Ya está usted enterado de la conversación que tuve en el Albenstein



Oscar cogió la carta y la abrió; leyó las primeras líneas y estremeciése

en Odensberg. Dícenme que está usted prometido á la señorita Dernburg, y usted mejor que nadie sabe que ha perdido desde hace tiempo el derecho de emparentar con una familia respetable, de unir su vida á la de una joven pura é inocente. Sería yo un malvado para con el Sr. Dernburg y un culpable ante mi propia conciencia si permitiese que esto sucediera sin tratar de impedirlo, si no avisase al Sr. Dernburg. Evítame, por consiguiente, la dura necesidad de presentarme como acusador de usted. Parta usted, abandone Odensberg; encuentre usted un pretexto para su marcha, y cuando esté lejos, de usted dependerá romper los lazos que actualmente le ligan á esa familia. Le concedo un plazo de ocho días, transcurridos los cuales, si todavía está usted en Odensberg, tendré que hablar y no vacilaré en decirselo todo á Dernburg. Le doy tiempo para retirarse como la única consideración que puedo todavía guardar al hijo de un antiguo amigo.

»FEDERICO DE STETTEN.»

con su hermana; entonces me convencí de que ésta había compartido, inconsciente é inocente, la vida de su hermano, y por consideración á ella me he callado hasta hoy.

- ¿Por consideración á Cecilia?, exclamó Oscar con risa sarcástica. Lo comprendo. Cecilia tiene derecho absoluto á sus consideraciones.

Egberto retrocedió algunos pasos frunciendo la frente.

- ¿Qué pretende decir con esto?

El barón soltó nuevamente una irónica carcajada y respondió:

- Conmigo son inútiles las comedias; sé de sobra á qué atenerme. ¡Pobre Enrique! Si hubiese imaginado que su querido amigo de infancia compartía sus mismos sentimientos hacia su esposa! ¡Quién sabe cuántos dolores le evitó la muerte precoz!

- ¡Qué horribles palabras!, gritó Egberto fuera de sí. Está usted ultrajando á su hermana y me está ultrajando á mí, hablando como si entre ella y yo hubiese alguna inteligencia, cuando siempre me he mantenido lejos de la novia de Enrique y de su viuda... No ofenda, pues, á su hermana, añadió esforzándose por aparecer tranquilo. De mis sentimientos no debo dar cuenta á nadie.

- ¿Ni siquiera al hermano de Cecilia?

- A un hermano semejante, no.

- Sr. Runeck, está usted en mi cuarto, dijo Oscar con aspereza.

- Lo sé, pero no he venido para gastar cumplidos, sino para tener con usted una explicación que no puede retrasarse.

- ¿Sobre qué?, preguntó Oscar, inmóvil y con los brazos cruzados.

- ¿Es preciso que se lo diga?

- Sí, si quiere usted que lo sepa.

Runeck hizo un gesto de impaciencia, y luego con forzada calma añadió:

- Se trata de su género de vida; se trata de aquel acontecimiento ocurrido en casa de la señora de Szarewski, que tan claro fué para todos. Yo no frecuentaba aquella sociedad é ignoraba quién formaba parte de ella; por esto no hice allí ningún caso de ello; pero cuando vi á usted en Odensberg y comprendí el peligro tremendo que amenazaba á Enrique y á su padre, hice algunas indagaciones y supe que en aquella ocasión se había usted salvado, gracias á su imprevista marcha y al deseo de todos aquellos señores de que se echase tierra sobre el asunto... Tengo de ello pruebas, tengo testigos. ¿Quiere usted todavía hacerse el ignorante?

Oscar no intentó defenderse; permaneció inmóvil, mudo, con el rostro encendido por un odio intenso, violento, como si quisiera matar á su acusador. Y no era la acusación sin posible defensa lo que le exasperaba, sino el tono de supremo desprecio con que Runeck le había hablado.

- ¿Por qué me dice todo esto?, exclamó con voz furibunda. Hace tiempo que sé lo que de usted puedo esperar. Hable usted, que yo sabré defenderme. ¿Por qué amenazas y no hechos? ¿Por qué no ha hablado antes?

- Porque creía que más ó menos pronto abandonaría usted Odensberg, pues ni el matrimonio de Enrique ni su muerte daban á usted derecho para permanecer mucho tiempo aquí; pero ayer supe por Maya que están ustedes prometidos, y ya comprenderá usted que este matrimonio no puede verificarse, yo se lo prohibo.

- ¿De veras? ¿Y con qué derecho?

- Con el derecho de un hombre honrado que no

puede consentir que la hija de Everardo Dernburg caiga en manos de un bribón.

Wildenrod vaciló y se puso extremadamente pálido.

- ¡Cuidado!, exclamó amenazando con el puño. ¡Me dará usted razón de ese insulto!

- Sí, pero no del modo que usted cree, repuso Egberto mirándole fijamente. Estas cosas se tratan ante los tribunales, con pruebas y testigos... No mire tanto la pistola que tiene encima de la mesa; me figuro que estará cargada, pero estoy en guardia y si da usted un paso, me arrojo sobre usted.

Oscar efectivamente miraba la pistola; una idea loca había cruzado por su cerebro, pero la rechazó en seguida. ¿De qué le serviría matar á aquel ene-

- Que no.

- ¿No parte usted?

- No, me quedo.

Egberto le volvió silenciosamente la espalda y salió cerrando la puerta.

Wildenrod, al verse solo, acercóse á la mesa, cogió la pistola y la contempló largo rato. Aquel era el recurso á que había apelado su padre para dejar la vida cuando no pudo soportar la adversa fortuna, la vergüenza. ¿Debía el hijo seguir su ejemplo? ¡No! La existencia le fascinaba todavía con sus bienes que él había siempre estimado en más que el honor. ¿Y había de renunciar á ella? No..., no... Oscar permaneció aún un momento pensativo; después dejó el arma, y erguido y con ademán resuelto murmuró sordamente:

- Vamos á ver á Maya. Veamos si su amor resiste á la prueba... Si Maya también me abandona, tiempo tendré de acudir á este amigo.

XXI

El doctor Hagenbach entró apresuradamente en el saloncito donde estaba la señorita Friedberg y preguntó con ansiedad:

- ¿Dónde están la señora Dernburg y Maya? ¿No han salido del parque?

- Han ido á visitar la tumba de Enrique, respondió Leonia asustada. ¿Qué ha sucedido?

- Todavía nada, pero de un momento á otro puede ocurrir una novedad... ¡Ah! ¿Han ido á la tumba? Están, pues, en el fondo del parque; al lado opuesto á los talleres; corriente, allí no hay peligro, pero sería mejor que estuvieran en casa.

- Creo que pronto estarán de vuelta. ¿Pero tanto peligro hay en los talleres?

- ¡Muchísimo!, exclamó Hagenbach sentándose enfrente de la joven. Los empleados hacen lo posible para que el pago de los jornales y la despedida de los obreros se verifiquen con calma y orden; pero Fallner y su pandilla no están por esto, sino que quieren que se arme bulla á toda costa. Parte de los obreros han declarado que quieren reanudar mañana los trabajos, en vista de lo cual los demás se han rebelado con amenazas é insultos... han llegado á vías de hecho, se han exaltado y... ¡Dios sabe lo que pasará esta noche!

- ¡Oh, Dios mío! ¿Qué sucederá?, dijo Leonia juntando las manos con ademán desesperado. El Sr. Dernburg es duro como el granito, más

inflexible de cuanto pueda imaginarse. ¡Si supiese usted en qué disposición está! Se halla resuelto á oponerse á todo, á rechazarlo todo... ¡Crea usted que me siento morir!

- ¡Oh! En cuanto á eso, no será mientras yo esté aquí, dijo el doctor con dulce acento. En cualquier caso apurado sabré defender á usted, de modo que puede estar tranquila. Por otra parte, ya verá usted cómo las cosas no llegarán á tal extremo, porque aunque se cometan excesos, la casa será respetada... allí abajo es donde se desarrollarán los sucesos... De todos modos, cuente usted conmigo.

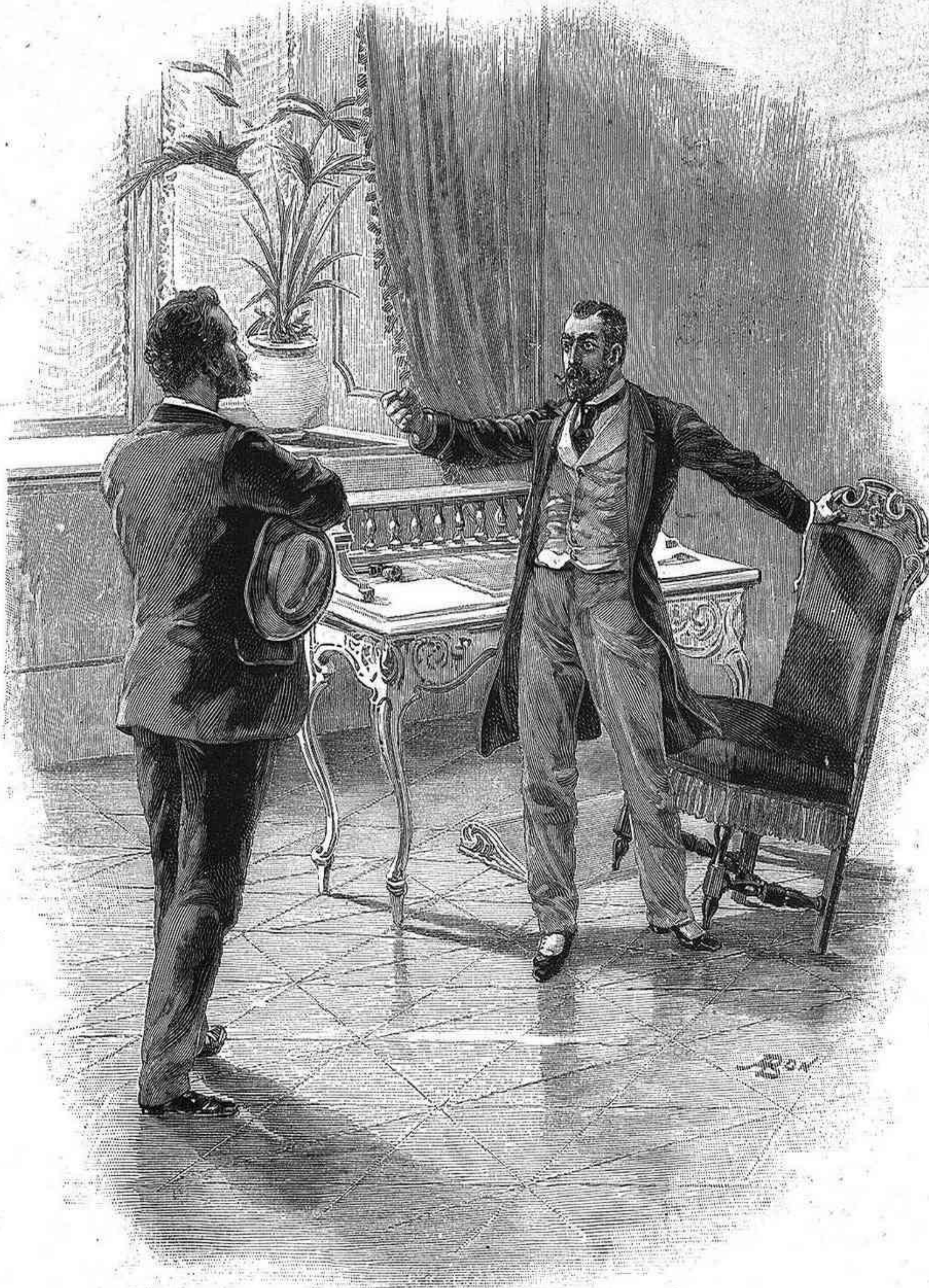
- Gracias, repuso Leonia tendiéndole la mano, que el doctor estrechó entre las suyas.

- Esta mañana he venido á ver á usted, dijo Hagenbach, pero no he sido recibido.

Leonia bajó los ojos y respondió con timidez: - Ya comprenderá usted que después de lo de ayer, su presencia había de serme penosa.

- Dispense usted; vine como médico á enterarme de su salud. Tiene usted un aspecto abatido. ¿No habrá dormido, seguramente? A bien que tampoco he dormido yo.

(Continuará.)



¡Cuidado!, exclamó amenazando con el puño

migo? Federico Stetten vivía, Víctor de Eckardstein estaba seguramente en el secreto y quién sabe cuántos más... ¡Ah, la red se estrechaba por todos lados!

- Le dejo todavía un camino de salvación, el único, para evitar la vergüenza y el dolor á las dos infelices que tienen íntima relación con usted. Salga usted de Odensberg; márchese hoy mismo. Maya no puede ser su prometida, y por mal que piense de este rompimiento imprevisto, nunca será conocida toda la verdad, y su hermana y Maya se ahorrarán lo peor. Si parte usted, callo.

- ¡No!, dijo Wildenrod con extraña calma.

- ¡Sr. Wildenrod!..

- Digo que no.

- Entonces voy á hablar con el Sr. Dernburg y á revelárselo todo. Ha perdido usted la partida... ¡Váyase! Es mejor.

- No me voy, ya lo he dicho. ¿Que he perdido la partida? ¡Lo veremos!, gritó Oscar fuera de sí. Espere hasta el final antes de decir que he perdido. Y suceda lo que quiera, esté seguro de que no cederé á usted.

- De modo que su última palabra es...

## EL CORTEJO DE CUPIDO

Entre los temas de concurso señalados este año por la Real Academia de Londres, figuraba para la sección de pintura decorativa «El cortejo de Cupido», tomado de uno de los cantos del célebre poema de Spenser *Fairy Queen* (La reina de las hadas). El asunto se presta admirablemente para composiciones del género indicado, y justo es reconocer que los autores de las tres que adjuntas reproducimos han sabido interpretar con gran acierto el pensamiento del ilustre poeta inglés del siglo xvi, ciñéndose a la descripción que éste hace en sus inspiradas estrofas.

Las obras de Miss Elsie Gregory, Osmond Pittman y Lawson Chaplin se ajustan perfectamente a los cánones de la pintura decorativa, y en cada una de ellas se advierten no pocas bellezas de conjunto y de detalle, que al revelar en sus autores notables disposiciones, permiten augurarles grandes éxitos para el porvenir: la distribución y agrupación de las figuras, la ejecución de cada una de éstas y los elementos arquitectónicos que completan el buen efecto de las composiciones, están hábilmente tratados y expresan de una manera clara la idea que en ellas preside y traducen fielmente la escena tan magistralmente descrita por Spenser. — X.

\* \*

## EL PÉNDULO

## DEL PANTEÓN

Desde el día 22 de octubre oscila nuevamente bajo la cúpula del Panteón de París el gran péndulo de León Foucault. Hace medio siglo realizóse por vez primera por el ilustre físico francés este experimento célebre, y sabido es cuánta impresión produjo entonces esta demostración del movimiento rotatorio de la tierra. León Foucault expuso sus teorías y describió sus primeros ensayos en el folletín científico del *Journal des Debats* de 31 de marzo de 1851, y el experimento realizado en el Panteón causó tanto más efecto cuanto que hasta entonces sólo se tenía una prueba directa de la rotación terrestre y aun esta era poco asequible al vulgo, cual es la desviación hacia el Este de la caída de los cuerpos. La velocidad horizontal de un cuerpo arrastrado en el movimiento de rotación del globo, es tanto mayor cuanto más alto está situado aquél con relación al nivel del suelo, y cuando el cuerpo cae y llega al final de su caída, ha ganado un poco de terreno, resultado que Newton había presentado. El cálculo indica que para una altura de 158 metros un cuerpo ha de sufrir una desviación de 27 milímetros hacia el Este al tocar al suelo: M. Reich quiso comprobar esto en las minas de Tuyberg y el resultado fué efectivamente de cerca de 28 milímetros. Pero esta prueba de la rotación es de demostración difícil y de ejecución muy delicada; en cambio, en el experimento del péndulo la demostración es clara y para todo el mundo inteligible, puesto que se ve materialmente cómo la tierra gira.

El principio en que se apoya Foucault es muy sencillo: el plano de un péndulo que oscila perma-

nece invariable aunque cambie de sitio el punto de suspensión del péndulo, de modo que si fijamos éste en un marco movable y le hacemos oscilar, aunque se mueva el marco el péndulo oscila siempre en el mismo plano. Si hipotéticamente se instalase un péndulo en el polo en la prolongación del eje de la tierra y lo pusiéramos en movimiento, veríamos que ésta cambiaba de posición debajo de él, y el plano de oscilación giraría, al parecer, en 24 horas en el sentido de las agujas de un reloj. En el polo opues-

bre de acero a un sustentáculo de hierro fundido sólidamente fijado en el vértice de la bóveda de un subterráneo; poníase el péndulo en movimiento y media hora después se veía claramente el efecto de desviación. Aquel subterráneo en donde hizo Foucault su primer experimento, era el de la casa de propiedad de su madre situada en la esquina de las calles de Assas y de Vaugirard, que ha sido demolida.

El mismo aparato fué transportado al Observatorio de París é instalado con autorización de M. Arago en la sala del Meridiano á 11 metros de altura, y todo se dispuso para una demostración en gran escala, para un experimento que todo París pudiera ver.

El resultado fué tal como se había previsto, y en todo el mundo se quiso repetir tan memorable experimento, que se realizó en la catedral de Colonia, en la Universidad de Gottinga y en las catedrales de Amiens, de Reims, en el Conservatorio de Artes y Oficios y más recientemente en la torre de San Jacobo.

La actual reconstrucción del péndulo de Foucault ha sido hecha bajo los auspicios de la Sociedad astronómica de Francia; el proyecto fué propuesto por M. de Fonvielle en la sesión de 8 de enero de este año. M. Flammarion encargóse de la realización del mismo, y la instalación ha sido llevada á cabo por M. A. Berget, del laboratorio de M. Lippmann. El dispositivo adoptado por éste es casi el mismo de 1851, habiéndose utilizado la misma balastrada de caoba de que se sirvió Foucault y que ha sido encontrada por M. Nenot. Únicamente se ha reemplazado la esfera de latón por otra de plomo de igual peso, es decir, de 28 kilogramos, la misma que sirvió al malogrado físico-químico M. Maumené para el péndulo de Reims. También se ha modificado la suspensión del alambre, el cual ha sido introducido en una hilera calentada que, al enfriarse, la oprime fuertemente, asegurando una suspensión absolutamentesimétrica.

El alambre de acero es una cuerda de piano que mide 67 metros de largo y 0'72 milímetros de diámetro y ha sido construída por la casa Pleyel y Lyon. La duración de la oscilación del péndulo es de 8'2 segundos, como en el experimento de Foucault, ó sea 16'34 para la oscilación completa. La amplitud de las oscilaciones va naturalmente disminuyendo; duran de cinco á seis horas y son, por supuesto, cada vez más reducidas. El péndulo oscila sobre una mesa blanca en la que se han trazado radios de 10 en 10 grados, y se ha rodeado el círculo de las divisiones con un pequeño terraplén de arena á fin de que el estilete de la bola, al ir y venir, marque bien su paso. Alrededor de la balastrada más de 100 personas pueden ver cómodamente cada oscilación. El péndulo oscila encima de un diámetro perpendicular al eje del Panteón y para llegar á la primera división emplea exactamente 54 minutos.

Tal es, someramente explicado, el experimento del Panteón, en donde cualquiera puede, los jueves y domingos, ver palpablemente el movimiento rotatorio de la tierra.

ENRIQUE DE PARVILLE.



EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de Miss Elsie Gregory



EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de Osmond Pittman



EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de A. Lawson Chaplin

to, naturalmente, el sentido de la rotación sería inverso. En una latitud intermedia entre el polo y el ecuador, el fenómeno se complica algo: la vertical en el punto de fijación del péndulo no se confunde ya con el eje terrestre, sino que forma con él un ángulo, y por consiguiente, el plano de las oscilaciones pendulares sufre algunas modificaciones. Foucault encontró que en este caso «la velocidad del plano de oscilación del péndulo alrededor de la vertical es casi igual á la velocidad de rotación de la tierra multiplicada por el seno de la latitud del lugar en que uno se encuentra;» esta ley del seno demuestra, por otra parte, que el experimento no daría ningún resultado en el ecuador. En el polo la desviación es igual á la rotación de la tierra, y desde allí va disminuyendo hasta el punto de anularse en el ecuador, para aumentar de nuevo hacia el otro polo.

Foucault, convencido del valor de su concepción tan original, comenzó por operar en pequeña escala: el primer péndulo empleado no tenía más que dos metros de alto y consistía en una esfera de latón de cinco kilogramos de peso suspendida por un alam-

PLANCHA DEDICADA AL DR. POTAIN,

OBRA DE ALEJANDRO CHARPENTIER

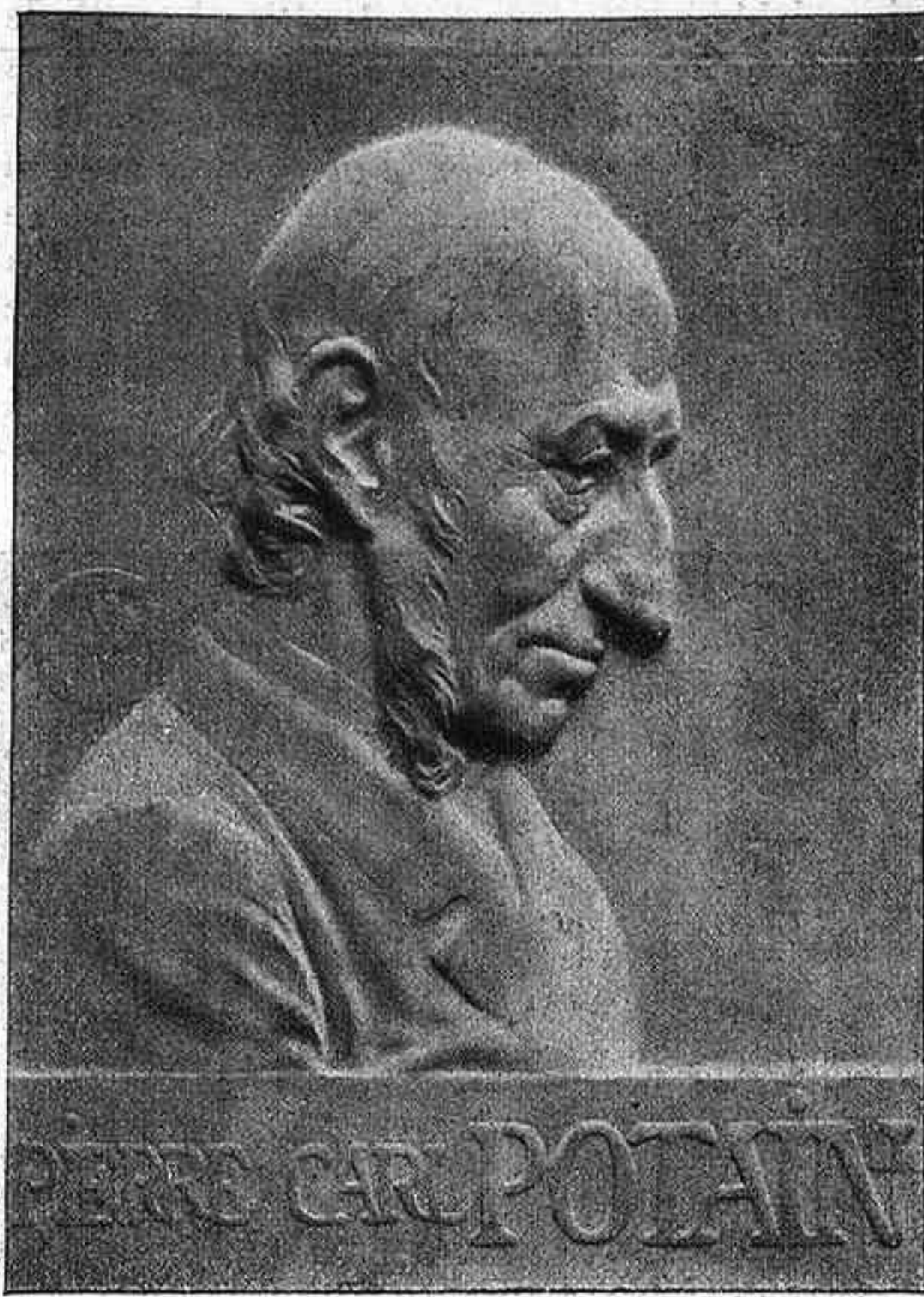
Este notable relieve forma pareja con el que publicamos en el número anterior y esta circunstancia hace innecesario que describamos esta obra del celebrado artista francés Charpentier, que ha hecho de esta especialidad artística un estudio profundo y que domina por completo los recursos técnicos para ejecutar por este procedimiento sus bellísimas composiciones.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

**TESORO DEL JABONERO**, por *Emilio Cantarell*. — Además de un tratado sobre la fabricación rápida y sencilla de jabones en grande y pequeña escala, desde los más ordinarios hasta los más finos y perfumados, contiene este libro multitud de recetas para la elaboración de pomadas, aguas y aceites olorosos, brillantinas, tinturas, esencias, vinagrillos, polvos, ron y agua de quina, depilatorios, etc. El tomo, ilustrado con algunos grabados, ha sido editado en Barcelona por D. Francisco Puig y se vende á dos pesetas.

**DRAMAS RURALES**, por *Victor Catalá*. — El autor de la colección de artículos que forman este tomo, siente hondamente la existencia y las gentes del campo y sabe conservar, al describir sus costumbres, todo el vigor, toda la intensidad con que las ha sentido. En cada uno de los cuadros palpita la vida; las escenas que pinta están arrancadas de la realidad; los personajes que retrata tienen verdadero relieve, y el lenguaje de que se vale es enérgico, crudo en ocasiones, cual corresponde á los asuntos en que se inspira y que nos presentan uno de los



PLANCHA DEDICADA AL DR. POTAIN, obra de Alejandro Charpentier

aspectos característicos de nuestras poblaciones rurales. *Dramas rurales* es, en suma, una obra que honra á la literatura contemporánea catalana. El libro, ilustrado con algunos dibujos del mismo autor, se vende á 3'50 pesetas.

**LECTURAS INSTRUCTIVAS**, por *D. Celso Gomis*. — Este libro justifica plenamente su título, pues son verdaderamente instructivos y al par interesantes los ejercicios de lectura que contiene y que están destinados á las escuelas de instrucción primaria. Contribuye al interés de la obra la profusión de grabados que la ilustran. *Lecturas instructivas*, editado por D. Luis Tasso, se vende encuadernado en cartón al precio de una peseta.

**NOCIONES DE GEOLOGÍA**, por *A. Geikie*. — El célebre Geikie, autor de numerosas obras científicas, escribió este libro á instancias del profesorado inglés que le pedía expusiera sus doctrinas y enseñanzas de modo que estuvieran al alcance de todos y en particular de la juventud estudiosa. La versión castellana que del mismo ha publicado la conocida casa Appleton y Compañía de Nueva York y que forma parte de la interesante colección «Nuevas cartillas científicas» ha sido cuidadosamente hecha por el ingeniero agrónomo J. Hurtado de Mendoza. El libro va ilustrado con numerosos grabados.

**JAIME EL DESOREJADO**, por *Alejandro Dumas*. — Esta novela y la narración titulada *El azote de Nápoles* componen el tomo que acaba de publicar el inteligente editor barcelonés D. Luis Tasso, como formando parte de su popular Biblioteca. El nombre del insigne novelista francés basta por sí solo para hacer el elogio del libro que ha sido muy correctamente traducido por el Sr. García Bravo y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

**LOS HOMBRES DE HIERRO**, por *Alejandro Dumas*. — Comprende este libro cuatro narraciones históricas que se titulan Pipino, Carlomagno, El señor de Giac y Güelfos y Gibelinos, escritas todas con la maestría universalmente reconocida en su autor, el popular Alejandro Dumas (padre); ha sido editado en Barcelona por D. Luis Tasso y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DORES**  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA**  
 MEDICAMENTO - ALIMENTO  
 El más poderoso REGENERADOR  
 Prescrito por los Médicos  
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.  
 102, Rue Richelieu, PARIS  
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

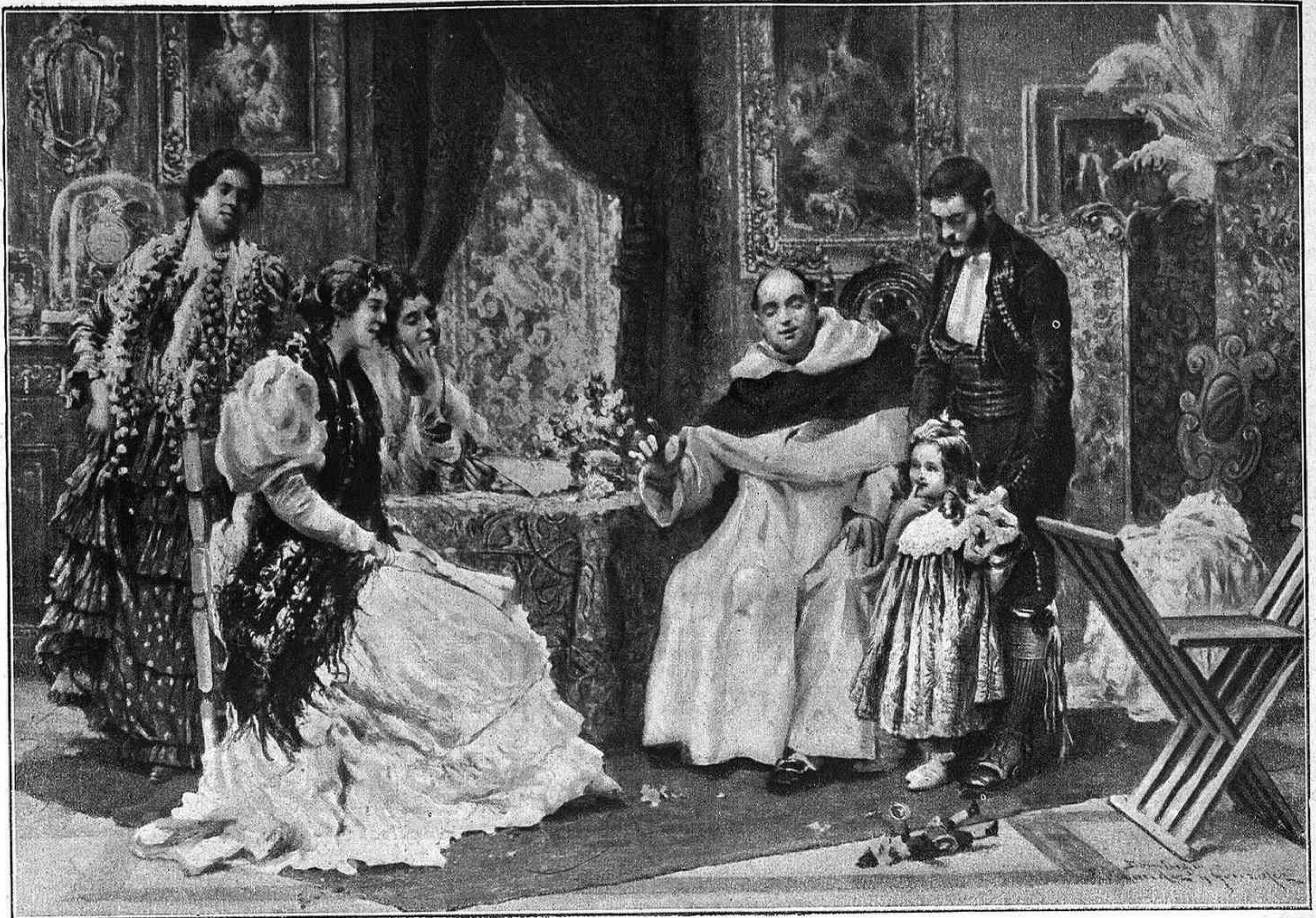
**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Precio 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPIÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et C<sup>ie</sup> 88, St-Denis, 48 en Paris

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILAYORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Examen de doctrina, cuadro de Domingo Fernández y González

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**COLORES PÁLIDOS**  
**AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR**  
**RABUTEAU**

*El mejor y más económico*  
**Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
**CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfrados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolors*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.